

I V

LA SEGUNDA CAMPAÑA, ANTEQUERA. 1410 *

No hubo alteración fronteriza alguna en el resto del año 1409, pero en los primeros meses de 1410 comenzaron los preparativos de la segunda campaña castellana, anunciada con antelación para cuando terminara la tregua. Es posible valorar una intensa actividad, muy superior a la de los años anteriores, que manifestaba el deseo de don Fernando de emprender vigorosamente la guerra contra Granada. Lo que parece estar estrechamente relacionado con la nueva actitud de doña Catalina, una vez alejados los consejeros reales hostiles a don Fernando.

Los preparativos se habían realizado con amplitud y atentos a evitar cualquier fallo o tener que recurrir a improvisaciones siempre peligrosas. Las órdenes, en especial para la recaudación del subsidio de guerra, se suceden ininterrumpidamente. Por otra parte, don Fernando convocó a los procuradores con voto en Cortes de la provincia de su administración, a una reunión en Córdoba para tratar con ellos de una nueva aportación económica para la inmediata campaña ⁸³. También ordenó extremar

* Es continuación del trabajo *La Regencia de Don Fernando el de Antequera y las relaciones castellano-granadinas*, publicado en los volúmenes XIV-XV (1965-1966), 137-167, y XVI-XVII (1967-1968), 89-145.

⁸³ En Toledo, 20 de febrero (A.M.M., Cart. cit. fol. 121). Por Murcia fue nombrado en 11-III-1410, el doctor Fernández de Cascales.

la vigilancia y seguridad de la frontera; recoger los ganados de los lugares cercanos y llevarlos hacia el interior; establecer una red de vigilancia de escuchas y vigías; reforzar las defensas de las fortalezas fronterizas; realizar alardes etc. ⁸⁴. Al mismo tiempo se activaba el abastecimiento de las naves y el enrolamiento de voluntarios para aumentar sus tripulaciones ⁸⁵.

De Valladolid salía don Fernando en el mes de febrero con propósito de llegar a Andalucía antes de primero de abril, fecha en que terminaba la suspensión de hostilidades firmada con Granada. La muerte de don Lorenzo Suárez de Figueroa y la consiguiente elección de maestro de Santiago, que don Fernando solicitó para su hijo Enrique y que le disputaba don García Fernández de Villagarcía, comendador mayor de Castilla, así como la actitud disconforme y belicosa de éste después de la elección, retuvo al Regente en Castilla más tiempo del que hubiera deseado. Lo que motiva su estancia en Talavera el 18 de febrero y en Toledo los días siguientes. Hubo después de torcer su rumbo y marchar a Santa Cruz de la Sierra, en las cercanías de Trujillo, con objeto de evitar que la airada actitud de don García pudiera producirle posteriores alteraciones. Cuando supo que había pasado a Portugal y cesado la inquietud que había conmovido a la Orden, reemprendió su viaje por Llerena, en donde se encontraba el 23 de marzo, y desde allí dispuso de algunas medidas necesarias para la guerra. A Córdoba llegaba antes del 9 de abril ⁸⁶, cuando, acabada la tregua, la lucha contra Granada había ya comenzado.

Zahara.—Las numerosas cartas y órdenes dadas por los regentes para la preparación de la campaña fueron conocidas no sólo en Castilla, sino que muy pronto llegaron también a Granada, cuyo monarca se preparó activamente a la defensa de su reino. Considerando que por su poder absoluto Yúsuf podía

⁸⁴ La orden en Llerena, 23-III-1410 (A.M.M., Cart. cit. fol. 121).

⁸⁵ Conocemos la estancia en Cartagena y Murcia, en 1 y 15 de febrero de Fernando Niño, primo y compañero del infatigable Pedro Niño y sobrino del adelantado Gutier Fernández de Oterdelobos, lo que indica la concentración naval que hubo por entonces en Cartagena.

⁸⁶ En Córdoba, 9 de abril, sobre recaudación de alcabalas (A.M.M., Cart. cit. fol. 123).

rápidamente concentrar y movilizar la totalidad de sus fuerzas y disponer de ellas sin necesidad de consulta pública o privada con su pueblo o consejeros; que podía igualmente disponer de todas las cosas necesarias para la guerra con sólo ordenarlo; que la cercanía de todos los núcleos de población de su reino a la frontera le permitían la concentración de fuerzas en el lugar elegido en pocos días y que la amenaza bélica de Castilla contra su territorio estaba fijada a día señalado, es fácil deducir que Yúsuf se preparó activamente para la defensa de su reino.

Estudiadas sus posibilidades, antes de que comenzara la guerra, adelantándose a los acontecimientos y poniendo en práctica el principio de que la mejor defensa es el ataque, decidió penetrar en territorio castellano e intentar ocupar la plaza de Zahara, fortaleza que había perdido su hermano en la campaña de 1407.

Para ello entabló oportunas relaciones con un escudero llamado Andrés Hernández de Beteta, quien por una elevada cantidad se comprometió a facilitar la entrada en la villa a las fuerzas granadinas. Aprovecharon también la ausencia del alcaide Alfonso Fernández de Melgarejo, que se encontraba en Córdoba. Merced a esta traición, el día 5 de abril las fuerzas granadinas entraban sin resistencia en Zahara y sorprendían a su población. Resistió el castillo, donde Fernando Rodríguez de Vallecillo con veinte hombres se opuso a la escalada de los moros y organizó su defensa. La proximidad de fuerzas cristianas impidió el cerco de la fortaleza y los granadinos, tras dar muerte a los ciento catorce hombres que encontraron en la villa, robar las casas y quemar las puertas de la muralla, se retiraron con su botín y sesenta y una mujeres y ciento veinte niños cautivados en su incursión.

El primero en acudir en ayuda de Zahara fue fray Alvaro de Córcoles, comendador de Morón, quien con la cooperación de otros caudillos comarcanos obligaron a los granadinos a emprender rápida huida. Cuando llegó a Córdoba la noticia de lo sucedido, don Fernando envió a Juan de Sotomayor, gobernador de Alcántara, con ochenta lanzas; acudió igualmente Perafan de Ribera, adelantado de Andalucía desde Sevilla, y otras

fuerzas de lugares cercanos, para impedir cualquier otra acción granadina contra la villa. Enterrados los muertos, reparados los muros, puestas nuevas puertas a la villa y aumentada la guarnición, Zahara quedó en disposición adecuada para resistir y defenderse de otra posible escalada. Detenido el alcaide Alonso Fernández Melgarejo, cuando don Fernando supo la verdad y la traición de Hernández de Beteta, ordenó su libertad y que se reintegrara a su alcaldía de Zahara.

La acción granadina sobre el valle de Segura de la Sierra y Caravaca.—No sólo actuó Yúsus contra Zahara, sino que a la vez emprendió otra ofensiva contra las poblaciones cristianas limítrofes a la frontera oriental de su reino. La concentración de fuerzas cristianas en Córdoba y Sevilla hizo disminuir la vigilancia a las poblaciones de este sector, lo que no ignoraba el monarca granadino, así como la falta de jefe fronterizo en la circunscripción murciana que le facilitaba la sorpresa y escasez de fuerzas militares para su defensa.

Conforme a lo ordenado por el Regente se hallaba en Lorca el adelantado Gutier Fernández de Oterdelobos, quien al frente de la reducida guarnición procuró mejorar sus defensas y estar atento a cualquier movimiento granadino en las proximidades de la frontera. Cuando en Murcia se supo que se concentraban fuerzas en Baza y que se decía que no habrían de tardar en entrar en tierras cristianas hacia Lorca y Caravaca decidieron escribir al Infante para su conocimiento y a la vez en solicitud de envío de gente de armas, “porque esta frontera está desamparada de frontalesos”.

Anton Jiménez, vecino de Lorca, llegó a Murcia el día 5 de abril con carta del adelantado en que avisaba que los moros habían salido de Baza y marchaban hacia la frontera del reino de Murcia, por lo que les urgía el envío de ballesteros. Cuando en el concejo se estaba discutiendo esta carta de Fernández de Oterdelobos, llegó un emisario de Mula notificando que el adalid Juan de Ubeda, que regresaba de territorio granadino con cuatro moros cautivos, cuatro acémilas y un caballo que había obtenido en su incursión en el puerto del Conejo, había comunicado que en Baza se encontraba un infante moro hermano del rey, con cuatro mil jinetes y veinte mil infantes

lanceros y ballesteros; que le servía de guía el renegado Guillamón García de la Ballesta y que pensaba formar dos huestes con su fuerza, una de dos mil jinetes y diez mil peones que entraría a correr la vega de Lorca, con idea de llegar hasta la villa de Orihuela, y otro con igual número que se dirigiría a Caravaca, Moratalla, Mula, Cieza, Jumilla, Hellín, Chinchilla y Albacete⁸⁷.

Para prevenir a todos ante tal amenaza, el concejo murciano envió las cartas originales de Lorca y Mula al Infante, escribiendo a Cieza y Hellín para que de un lugar a otro transmitieran estas noticias y leyeran dichas cartas hasta que llegaran a manos de don Fernando. Por su parte, enterado el Regente de la concentración granadina en Baza, escribió a Pedro López Fajardo, comendador de Caravaca, ordenándole se mantuviera en su encomienda y organizara su defensa. Para ayuda de los lugares amenazados Murcia mandó alistar ciento cincuenta ballesteros pagados por quince días de dinero tomado de las rentas reales, enviando cien a Lorca, treinta a Caravaca y veinte a Moratalla⁸⁸.

Cuando estos refuerzos se hallaban preparados para marchar a sus respectivos destinos, llegó el día 19 una carta del alcaide de Caravaca, trasladando otra a Gonzalo Fajardo, comendador de Moratalla, en que comunicaba que el hermano del rey de Granada con dos mil caballos y diez mil infantes había entrado por el valle de Segura de la Sierra, quemando Génave y otros lugares de dicho valle y matando gran número de mujeres y niños.

Estas noticias hicieron acelerar los preparativos y al día siguiente, domingo, a las órdenes de Marcos Rodríguez de la Crespa como alférez, salieron cien ballesteros hacia Lorca y los restantes bajo la dirección de Bartolomé Ponce hacia Caravaca y Moratalla.

⁸⁷ Actas capitulares en esta fecha. Según Bellot (pág. 220), a Murcia y Orihuela la mitad, y a Villena y Alicante el segundo ejército.

⁸⁸ Actas capitulares en esta fecha. Cascales menciona cien ballesteros y cien lanceros por un mes; cien a Lorca, sesenta a Caravaca y cuarenta a Moratalla. Los de Caravaca estuvieron veintiún días, a los cuales se les abonó la diferencia de sueldo no cobrada.

El concejo murciano adoptó las medidas oportunas para la movilización general de todos los vecinos, no sólo para poder enviar nuevos refuerzos, sino para poner en estado de defensa la ciudad. La orden fue la de verificar alarde general de vecinos y moradores, formar cuadrillas y distribuirlas adecuadamente. En el pregón se decía que los cuantiosos de veinte mil maravedis arriba en plazo de ocho días tuvieran los caballos y armas a que estaban obligados; los comprendidos en cuantía superior a cinco mil maravedis se les advertía que deberían presentar ballesta, hojas o cota y bacinete; y a los de menor cuantía, escudo y bacinete con obligación de hacer alarde el domingo siguiente; se avisaba también que quien careciera de armas acudiera al Corregidor, que se las facilitaría a los precios corrientes, con plazo para abonarlas hasta Navidad; por último, se mandaba que se hicieran cuadrillas de diez en diez, de caballeros, lanceros y ballesteros.

En dicha sesión concejil del 8 de abril se leyó también una carta del Regente dirigida a “los mis vasallos de la cibdat de Murcia que de mi tenedes tierra”, ordenándoles que marcharan a Lorca con sus caballos y armas en ayuda del adelantado Fernández de Oterdelobos. Notificaba también que había enviado “mandar a mosén Enrrique Bel, mi vasallo, que se vaya luego a la dicha villa e esté en ella”. Para su conocimiento les comunicaba que les pagaba sueldo por dos meses pero, que “en caso de que el dicho sueldo algun día se vos detenga, porque la vuestra yda es muy conplidera mando que luego vos vayades para la dicha villa”⁸⁹.

De esta forma, las prevenciones de don Fernando, realizadas con anterioridad a la terminación de la tregua, si bien llegaron con retraso, puesto que su carta se leyó el 8 de abril, no dejaron de ser oportunas, pues coincidieron con la necesaria concentración de las fuerzas murcianas en Lorca ante la amenaza del Infante granadino. Por este motivo el concejo de Murcia requirió a Fernán Pérez Calvillo, Fernando Oller, Juan Sánchez y Ayala y Juan de Ortega de Avilés, que como tales vasallos reales cumplieran con su obligación y apercibiendo a

⁸⁹ En Llerena, 23 de marzo (Car. cit. fols. 120-1).

los demás vasallos del rey para que marcharan a la frontera.

Como se había anunciado, la segunda hueste granadina asolando cuanto encontraba a su paso se presentó ante Caravaca, donde Pedro López Fajardo opuso fuerte resistencia e impidió el asalto de la villa, aunque nada pudo hacer para defender los alrededores de la villa que fueron devastados. Y cuando consideró que el empuje granadino decrecía, efectuó una audaz salida y trabó combate con la vanguardia mora logrando ocasionarles algunas bajas y hacerles desistir de su propósito de continuar adelante, con lo que emprendieron la retirada. Acción victoriosa en la que sólo hubo que lamentar la muerte de Martín Sánchez, vecino de Cehegín, y las graves heridas que recibieron tres escuderos.

Antequera.—El día 20 de abril celebraba don Fernando un consejo de guerra en Córdoba con objeto de estudiar el lugar más conveniente para efectuar su entrada en territorio granadino y elegir la plaza que debían combatir. En la exposición de sus propósitos manifestó don Fernando que requería su consejo respecto a tres puntos que en la reunión debían decidirse. Uno, si era conveniente continuar la expedición, dado lo adelantado del tiempo; hacia que lugar debían dirigirse o si era mejor limitarse a talar los campos y hacer todo el daño posible en la tierra, con la esperanza de que el rey de Granada quisiera presentar batalla.

Hubo casi unanimidad por parte de los consejeros en cuanto a que todavía no era tiempo oportuno para comenzar las operaciones, pues aún duraba la estación lluviosa, faltaba hierba para los caballos y todavía no habían llegado todas las huestes que se habían convocado. A su segunda pregunta hubo diversidad de opiniones, pues unos creían mejor marchar sobre Baza, otros a Gibraltar, ya que la flota podía ayudar en el sitio y abastecer al ejército, y un tercer grupo aconsejaba ir sobre Antequera, pues por su proximidad a las ciudades de Córdoba y Sevilla podrían recibir auxilio de los caballeros andaluces y asegurar el abastecimiento. Oídos todos los pareceres, don Fernando se inclinó por éste último, ya que hacia Antequera podría llevarse con mayor facilidad la artillería e ingenios, en tanto que a Baza o Gibraltar resultaba más lento y dificultoso.

Vencida la resistencia opuesta con cierta terquedad por algunos consejeros, el Infante no sólo impuso su criterio sino que decidió no esperar la llegada del buen tiempo, pues supondría un grave retraso en la marcha de las operaciones.

El lunes 21 de abril salía de Córdoba para ir a pernoctar a Parrilla y seguir otro día a Ecija para dormir en los Cuartillos, a media legua. Los días 23 y 24 los pasó en Alhonor a causa de la intensidad de la lluvia que impedía la ordenada marcha de la hueste. Allí le llegó la espada de San Fernando portada por el adelantado Perafán de Ribera. Un símbolo y un propósito, porque la previsión y la postura no faltarían nunca en los actos de don Fernando. Pese a la poca gente que llevaba y desoyendo los consejos de algunos capitanes, el día 25 continuó su expedición atravesando el río Yeguas para llegar el sábado 26 ante Antequera, donde asentó su real.

Al entrar en el llano repartió sus fuerzas, dos mil quinientos hombres de armas y diez mil infantes en ocho batallas. En vanguardia, los jinetes y tres mil peones a las órdenes de don Pedro Ponce de León, señor de Marchena; Martín Fernández, alcaide de los Donceles; Egas de Córdoba, Alonso Martínez de Angulo y Alonso Fernández de Argote. A continuación tres cuerpos o batallas; en el centro Ruy López de Dávalos, condestable de Castilla; Enrique de Guzmán, conde de Niebla; el mariscal Diego Fernández de Córdoba, señor de Baena; Pedro García de Herrera, mariscal del rey; Diego de Sandoval, mariscal del Infante; Garci Fernández Manrique, conde de Castañeda; Carlos de Arellano, señor de Cameros; Garci Fernández de Villagarcía, comendador mayor de Santiago en la provincia de Castilla, y Lorenzo Suárez, comendador mayor de la provincia de León. En el ala derecha el almirante Alonso Enriquez y Juan de Velasco con las gentes de sus casas y mil peones; en la izquierda Gómez Manrique, adelantado de Castilla, con su gente y otros mil peones.

Igual división tenía la retaguardia, en cuyo centro iba el Infante con gente de su casa y su guarda, más mil lanzas de hombres de armas; a la derecha, el obispo de Palencia Sancho de Rojas; Alvar Pérez de Guzmán, alguacil mayor de Sevilla y señor de Olvera; Pedro Núñez de Guzmán, copero mayor del

Infante; Alonso Tenorio, adelantado de Cazorla; Ramiro Núñez de Guzmán, señor de Toral, y Pedro de Guzmán, merino de las behetrias; a la izquierda el adelantado Perafán de Ribera; Diego Fernández de Quiñones; Alvaro de Avila, camarero de don Fernando, y sus donceles Rodrigo de Narváez y Pedro Alonso de Escalante. Cada una de estas alas con dos mil hombres a pie, y en retaguardia, detrás, el bagaje, recuas y carretas en gran número.

El mismo día de su llegada, sábado 26 de abril, los caballeros inspeccionaron los alrededores de Antequera y al apreciar las condiciones estratégicas que se ofrecían, indicaron la necesidad de ocupar una altura vecina en la sierra de Abdalajis, que enseñoreaba la villa y en donde había una rábita o monasterio fortificado, cuya posesión se consideró esencial para el dominio de aquel sector. Es el hoy llamado cerro de la Virgen de la Cabeza. Como hubo opiniones diversas, don Fernando tuvo en cuenta la escasez de fuerzas que disponía y no se decidió por entonces a dividir las y establecer dos reales.

Pero al día siguiente cambió de opinión y dio órdenes a Alonso Tenorio y al caballero francés Perin para que inspeccionaran aquella altura. A su vuelta le informaron y aconsejaron ocuparla, pues entendían que con cuatrocientas o quinientas lanzas podría fortificarse el lugar. A la solicitud de voluntarios hubo una silenciosa negativa a intentar llevar a cabo su ocupación, por lo que el Regente dio muestras de su enojo, hasta que el obispo de Palencia se ofreció a realizarla. Fueron con don Sancho de Rojas el merino mayor de Asturias Diego Fernández de Quiñones, Alvar Pérez de Guzmán, Juan Hurtado de Mendoza, Alonso Tenorio, Pedro García Herrera, Juan Fernández Pacheco y otros caballeros hasta un total de seiscientas lanzas, más de dos mil peones, que sin dificultad asentaron su real en lo más alto del cerro. Ocupada esta posición, los expedicionarios apreciaron al día siguiente la conveniencia de ganar otra aún más alta. Avisado el Infante, envió cuatrocientas lanzas y mil peones con Martín Vázquez de Acuña, conde de Valencia, Fernán Pérez de Ayala, merino mayor de Guipúzcoa, fray Juan de Sotomayor, gobernador de Alcántara y Ramiro de Guzmán. Así

hecho y con conocimiento del terreno, se varió también el real a otra altura cercana a Antequera.

Los días siguientes transcurrieron en incesante actividad en asegurar los reales puestos alrededor de Antequera, en espera de las bastidas y otros ingenios que en Sevilla preparaba el maestro artillero Juan Gutiérrez, natural de Carmona, muy entendido en la construcción de estas torres móviles de combate. Estaba encargado de su transporte Fernán Rodríguez de Monroy, señor de Belvis, quien hubo de reunir trescientas sesenta carretas sevillanas, con mil doscientos hombres, también facilitados por el concejo de Sevilla para llevar a cabo el transporte de aquel pesado material de guerra. Una de las muchas dificultades que se le ofrecieron fue que al no poder salir por la puerta de Jerez hubo de derrocar una parte de las murallas de Sevilla para hacer posible su traslado. El 5 de mayo emprendía su marcha este largo convoy camino de Antequera.

En tanto otros preparativos se realizaban ante la villa. Nada de cuanto allí ocurría se le ocultaba a Yúsuf III ⁹⁰. Si no había fracasado del todo en sus dos intentos de impedir la expedición del Regente con sus ofensivas sobre Zahara y el reino de Murcia antes del comienzo de la campaña, no habían sido suficientes para alejar el peligro de sus fronteras, ya hecho realidad con el cerco sobre Antequera. Designó a sus dos hermanos, los infantes Ali y Ahmed, como jefes del ejército y decretó la incorporación de todas sus fuerzas a la hueste que se formaba en Archidona ⁹¹. Logró reunir cinco mil jinetes y ochenta mil infantes; número que parece excesivo, pero sobre el que existen pocas variantes en las fuentes historiográficas castellanas ⁹².

⁹⁰ Un romance, posterior a la redacción de la Crónica, dice: "De Antequera partió el moro —tres horas antes del día— con cartas en la su mano— en que socorro pedía".

⁹¹ Expresado por el romance: "Júntense mis cavalleros — cuantos en mis reinos avía. —Vayan con mis dos hermanos —a Archidona esa mi villa, —en socorro de Antequera, —llave de mi señoría".

⁹² *La Refundición del Halconero*, de Barrientos (edic. Carriazo, 18-9), menciona conjuntamente cien mil hombres entre los de a caballo y de a pie. También en el romance: "Y ansi con este mandado— se juntó gran morería; —ochenta mil peones fueron— el socorro que venía,— con cinco mil de cavallo— los

Concentradas en Archidona todas las fuerzas granadinas el 4 de mayo, se decidió su partida para el día siguiente. Los hombres a pie por lo alto de la sierra y los caballeros por sus laderas, hasta que volvieron a reunirse en la sierra llamada Boca del Asna, a una legua de Antequera, desde donde podían divisar uno de los campamentos cristianos, y lugar estratégico, ya que es el paso natural para penetrar en la costa mala-gueña.

La batalla de Boca del Asna.—La proximidad de ambos ejércitos dio lugar a que muy pronto se tramara la primera escaramuza entre los exploradores de ambas huestes. Un grupo de granadinos que bajó para observar de cerca y apreciar las fuerzas cristianas se encontró con un centenar de jinetes de la hueste de don Sancho de Rojas, que habían salido con el mismo propósito. De esta escaramuza, victoriosa para los castellanos, murió el capitán de Ronda y otros dos jefes, más un caballero apresado del que pudieron obtener datos suficientes para calcular el número de moros que integraban el ejército de los infantes granadinos.

Al día siguiente, 6 de mayo, salía una hueste castellana de ochocientos lanceros y trescientos hombres a pie a las órdenes de don Pedro Ponce de León con objeto de estudiar el terreno y observar el lugar donde los moros habían asentado su campamento. Se acercaron tanto que pudieron contar sus tiendas, pero su presencia incitó la belicosidad de los granadinos; quizá motivo deliberado su proximidad para obligarles a la lucha, cumpliendo así su doble misión exploradora y guerrera, ya que don Fernando había manifestado repetidas veces su deseo de entablar batalla “e habiéndola, la guerra del Reyno se acabaría más presto”.

De esta proximidad castellana al real granadino surgió el primer encuentro del día seis, porque un contingente moro salió a enfrentarse con sus enemigos. Hubo muertos por ambas partes en el choque, y como las fuerzas de los musulimes se fueron acrecentando por la cercanía de su campamento, don Pe-

mejores que tenía” (Vid. López Anglada, Francisco, *La conquista de Antequera en el romancero y en la épica de los Siglos de Oro*, Anales Univ. Hispalense, Sevilla, 1955, año XVI (n.º 1, págs. 133-192).

dro Ponce de León decidió volver al real cristiano, pero haciéndolo paso a paso, en tanto que un corredor suyo fue a advertir al Infante de que la batalla entre ambos ejércitos tendría lugar aquel mismo día.

Ignoraban los moros la existencia de dos campamentos cristianos y al observar la lenta retirada del señor de Marchena hacia el campamento de don Fernando creyeron que huía, por lo que decidieron atacar el real de don Sancho de Rojas en la creencia de que se trataba del campamento del regente de Castilla. Dice el cronista que “como la sierra por donde los Moros venían era más alta que la Rábita, parecía del Real del obispo que venía toda la sierra cubierta de moros, e traían todos quezotes vermejos, y las barbas y cabellos alfeñados, parecían que eran vacas”⁹³.

El obispo de Palencia que había mandado construir alrededor de su campamento una tapia de tierra, que en los lugares de mayor importancia era de piedra seca, preparó su defensa distribuyendo la gente de que disponía en los lugares más convenientes, en el mismo tiempo que ante el gran número de moros que descendía por la sierra solicitaba ayuda del Infante. Envió éste a Juan de Velasco y llegó en el momento oportuno el refuerzo, pues la lucha había ya comenzado, por lo que entraron inmediatamente en el combate. Previendo que era la batalla decisiva, don Fernando organizó su hueste llevando en el centro una gran Cruz portada por un monje cisterciense. A ellos se sumó Diego López de Estúñiga, que con doscientos lanceros de Osuna alistados a su costa con objeto de ganar la indulgencia de la Santa Cruzada concedida por el Papa para los que voluntariamente quisieran ganarla participando en la guerra a su costa.

Entablado el combate en las cercanías del real de don Sancho de Rojas, el Infante envió su vanguardia con Gómez Manrique, adelantado de Castilla; Pedro Manrique, adelantado de León; don Pedro Ponce de León; Carlos de Arellano; Garci Fernández Manrique, Martín Fernández, alcaide de los Donce-

⁹³ El real de don Fernando se encontraba en el lado opuesto de Antequera, lo que impidió su localización por los moros que acudían en auxilio de la sitiada plaza.

les, y Lope Ortiz de Estúñiga, alcalde mayor de Sevilla. A la exigencia de rendición del alcaide de Alhama que mandaba la hueste atacante, que a grandes voces decía: “dadvos, mezquinos, e no morredes”, los cristianos, tras darle muerte⁹⁴, contestaron con un fuerte contrataque. Algunos hombres de armas de Diego Fernández de Quiñones, García Fernández de Villagarcía, Juan Hurtado de Mendoza y Juan de Sotomayor, salieron al palenque a luchar con los moros. Por otra parte entró Lope Ortiz de Estúñiga y se adentró entre un tropel de caballería granadina en la creencia de que le seguía su gente y la del alcalde de los Donceles, pero se encontró solo con seis hombres y, cercado, murió combatiendo valerosamente.

Encontrándose así empeñada la lucha, vieron los granadinos el ejército de don Fernando que llegaba por el otro lado de Antequera y “parecióles que todos los Christianos del mundo venían allí; e como los vieron llegar así por todas partes, hubieron muy gran miedo e comenzaronse vencer”. Huyeron los moros perseguidos por los cristianos que iban matando e hiriendo a los que alcanzaban.

La persecución se realizó hasta Boca del Asna, en donde estaba el real de los infantes granadinos⁹⁵. Salieron las fuerzas que habían quedado en la guarda del campamento y trabaron combate con los castellanos, pero no duró mucho el encuentro, pues no pudiendo los moros sostener el impetu de los atacantes cristianos por mucho tiempo, uniéndose a su desmoralizada vanguardia, emprendieron también la huida. La nueva persecución duró varios kilómetros, hasta que la bifurcación del camino dividió la hueste. Unos huyeron hacia Málaga, perseguidos por los adelantados Gómez y Pedro Manrique, Carlos de Arellano y Garci Fernández Manrique; otros hacia Coche y detrás de ellos don Pedro Ponce de León, el adelantado Diego Gómez de Ribera y

⁹⁴ Este alcaide de Alhama era el alfaquí Abú Yahyá Muhammad ibn Muhammad ibn Muhammad ibn Asim al-Garnati. Sabio que tan pronto explicaba el Corán en las mezquitas, como participaba en las batallas en su calidad de alcaide de Alhama. Sus conciudadanos le dieron el título de šāhid, mártir por la causa de Dios, el 1.º Muharram 813 (6-V-1410). Vid. Seco de Lucena, *Una hazaña de Ibn Asim identificada*, Al-Andalus, 209-11.

⁹⁵ “Ansí en la Boca del Asna— este real sentado avía” (Romance cit.).

otros caballeros. Tras dar muerte a gran número de moros, ambas huestes volvieron a reintegrarse al ejército del Infante, que habiendo dejado en guarda de su real al comendador Lorenzo Suárez de Figueroa marchaba hacia el campamento moro de Boca del Asna. Allí se recogió un extraordinario botín, abandonado por los moros en su precipitada huida ⁹⁶.

Alvar García de Santa María reproduce la carta que don Fernando envió a Sevilla comunicando esta victoria. Carta fechada en el mismo día del encuentro, festividad de San Juan ante Portam Latinam, en la que narra los hechos más destacados de esta jornada, tan decisiva por muchos motivos. Cifra la fuerza que atacó al obispo de Palencia en tres mil lanceros y tres mil peones, y los vencedores en no más de doscientos de caballo, por lo que creía que la intervención divina, “en lo cual Dios piadoso e la Virgen Santa María su madre demostraron manifiestamente miraglo”, no muriendo de los cristianos más de diez hombres. Rogaba que por ello hicieran alegrías y dieran albricias de la buena nueva a su criado Manuel Gutiérrez ⁹⁷. La dirigida a Murcia fue presentada por Rodrigo Alfonso, y en ella ordenaba el Infante que dichas albricias se dieran a Juana Martínez, “su couigera” ⁹⁸.

⁹⁶ De la versión manuscrita de la *Crónica* de Alvar García de Santa María parece desprenderse que Yúsuf ordenó a sus hermanos no presentar batalla, sino inquietar, hostilizar y perturbar las comunicaciones, pero el afán de victoria y las circunstancias de que tras pequeñas escaramuzas se llegara inevitablemente a la batalla, les impidió cumplir las órdenes. Así se deduce de estas noticias: “mandó a dos infantes, sus hermanos, que fuesen con todo su poder a Archidona, una su villa que es a dos leguas de Antequera, porque de allí fizieren encozer los reales de los christianos, e fizieren daño en los herveros, e porque de allí fueren a los caminos por do entravan los mantenimientos al real de los christianos e fizieren daño en la recua e fizieren alvoroço en sus reales, e porque el día que el Infante quisiese convatir la villa, diesen en sus reales en manera que desordenasen el convate quanto pudieren” (fol. 118 v. del Ms. de la Colombina, que publica López Estrada, ob. cit. pág. 14).

⁹⁷ Macdonald, I. I., *Don Fernando de Antequera*, Oxford, The Dolphin Book, 1948, 237 págs., vid. 109-110.

⁹⁸ Actas Capitulares de 29-V-1410. A la vez se presentó otra del doctor Alonso Fernández de Cascales, que no se ha conservado. Se le dio a Juana Martínez por albricias una pieza de paño florentín y dos de cendal. Se hizo procesión general y se ordenó a los vecinos hacer alegrías cada uno en sus oficios.

Naturalmente, las cifras dadas por el Infante no se refieren nada más que a la primera escaramuza, pues la *Crónica* a nombre de Pérez de Guzmán manifiesta que por las nóminas de los lugares de donde acudieron los moros al llamamiento de su soberano se supo que faltaban más de quince mil hombres, y que de los cristianos, ordenado hacer el recuento de las huestes, sólo se contaron unos ciento veinte muertos⁹⁹.

De nuevo sobre Antequera.—Animados por esta victoria volvieron los castellanos a sus puestos sobre el cerro, decididos a lograr su gran ambición de ganar la plaza. Pronto llegaron los ingenios hechos en Sevilla por Juan Gutiérrez de Torres, que había aprendido su oficio en Portugal al servicio del prior de Otranto. Sólo ocho días tardó Fernán Rodríguez de Monroy, señor de Belvis, en trasladar el enorme bagaje de ingenios, bastidas, escalas, etc., con trescientas sesenta carretas, viajando noche y día para presentarse el día 12 de mayo en el real del Infante.

Casi inmediatamente comenzaron a armar las bastidas en el llano, al pie de la cuesta llamada Torre del Escala. Pero tanto hostigaban los defensores y tantas bajas causaban que se hizo imposible continuar trabajando allí y hubo que trasladar el lugar del montaje. Cuando se acabó de armar, se rompió una de las ruedas, lo que obligó a su reparación, trasladarla aún más abajo y poner tablones por donde pudieran rodar con mayor facilidad. Aunque continuaron los disparos y hostigamiento de los defensores de Antequera contra los que trabajaban en ella y a pesar de los muertos y heridos que ocasionaron, muy pronto quedaron dispuestas para su utilización. Otra dificultad que encontraron fue una alta cuesta por donde tenían que subir las bastidas, lo que obligó a cavar noche y día a la gente

⁹⁹ Cifra que baja considerablemente la *Refundición* de Barrientos, pues dice “murieron dellos, cinco mil, y non quisieron seguir el alcance, que se quedauan por desnudar los muertos y rrobar el campo. Y fue muy grande la cavalgada que allí se tomó, de muchos cavallos y rropas y otras joyas”, La acostumbrada exageración del número de las bajas enemigas y disminución de las propias proporciona esta diversidad de cifras y en la que siempre resultan abultadas cuando se trata de favorecer y ensalzar la victoria propia y el fracaso ajeno.

de Sevilla para planificar el terreno y facilitar el paso. Dos bastidas quedaron dispuestas para ayudar al asalto.

Existía otro peligro para los sitiadores y eran las lombardas de Antequera, que con sus tiros ocasionaban gran número de bajas, y en especial la mayor de ellas, contra la cual resultaban ineficaces las defensas empleadas para los demás tiros de pólvora. Instaba don Fernando a Jacomin Alemán, su lombardero más distinguido, para que acallase o por lo menos redujera el fuego de las lombardas enemigas, y Jacomin le ofreció quebrar la lombarda mayor. No fue posible durante algún tiempo, pues aunque producía bajas y quebrantaba los muros de la villa, no conseguía silenciar su fuego hasta que, seguro de lograrlo, esperó a que los moros la tuvieran dispuesta y antes de que dispararan puso fuego a la suya, llamada la Santa Cruz, consiguiendo que su tiro diera en la boca de la lombarda mayor antes de que la piedra que iba a disparar saliera, con lo que consiguió destrozarla.

Nueva dificultad surgió cuando terminadas las bastidas y allanado el camino que tenía que recorrer, encontraron una cava hecha por los moros delante de la torre albarrana, en la que hasta entonces no habían reparado, que impedía el que pudiera pasar. Los peones que trabajaron para rellenar este foso, lo hicieron bajo una densa nube de tiros y saetas y tantas bajas ocasionaron que obligó a suspender la labor. Percatado del peligro, el Infante ordenó la intervención de los hombres de armas para proteger a los peones que efectuaban el rellenado; pero los que fueron designados para esta labor lo hicieron con tal lentitud, que el trabajo no avanzaba gran cosa. Lo cual obligó a don Fernando a intervenir personalmente para dar ejemplo, y poniéndose delante un pavés de barrera, cogió una espuerta de tierra y la echó al foso. Después se volvió a los caballeros y les gritó “habed verguenza e haced lo que yo hago”.

Hecho que dejó a todos confusos y dio motivo a que pusieran mano a la obra, con lo que el foso quedó rápidamente cubierto.

Vencidas estas dificultades, se ordenó armar las bastidas y escala, en lo que de nuevo fueron heridos varios caballeros y escuderos, lo que obligó, por lo expuesto del trabajo, a sustituir los encargados de su guarda de cinco en cinco días en tanto

que llegaban de Sevilla los cueros de bueyes para cubrirlas; detrás pusieron las mantas que servían de protección a la gente de armas, y aún más atrás, las lombardas dispuestas para combatir la villa.

Si los preparativos para el asalto iban avanzando pese a las dificultades que la inexperiencia tardaba en vencer, el ardor combativo de los defensores aumentaba conforme crecía el peligro, pues sacando fuerzas de flaqueza extremaron su combatividad, no sólo con el aumento de disparos de sus armas, sino llegando a realizar algunas salidas; una de ellas les permitió quemar una manta que estaba bajo vigilancia del comendador Suárez de Figueroa.

Ultimados los preparativos, señaló el Infante el día veinticuatro de junio como fecha del ataque, pero una imprevista borrasca imposibilitó el intento. Se fijó entonces para tres días más tarde; se distribuyó el ejército en ocho huestes alrededor de la villa, con los principales caballeros al frente de ellas; por su parte el Infante quedó al pie de la escala mayor con cinco caballeros y sesenta hombres de armas. Acercadas las bastidas a las murallas de la torre exterior, ya derrocada en gran parte, los moros creyendo imposible su defensa la abandonaron, pero los castellanos se encontraron con la desagradable sorpresa de que la escala quedaba corta, y aunque dos hombres consiguieron penetrar por una ventana, al no encontrar seguidores hubieron de retroceder. Lo cual, observado por los defensores, subieron a la torre y echaron alquitrán encendido y estopa sobre la escala hasta lograr prenderle fuego, sin que los intentos de apagarla con vinagre alcanzaran resultado.

Como toda la acción ofensiva dependía de este hecho, al presenciar su fracaso, los restantes grupos no intentaron por sus propios medios combatir la villa, con lo que el asalto quedó nuevamente en suspenso. Para don Fernando suponía un doble quebranto, no sólo por cuanto motivaba nueva dilación y de fallo en los preparativos, sino también, y esto era más importante, el apreciar el poco interés y esfuerzo que sus caballeros ponían en la lucha. Sólo su admirable tenacidad, su decidida voluntad de seguir adelante y superar todos los obstáculos que se le opusieran, impidió el fracaso de su empresa. Para manifestar su

constancia en continuar frente a los muros de Antequera, ordenó que cada uno se construyera una casa o choza y un establo para sus caballos, pues al mantenerse el cerco, era conveniente prever la llegada del invierno y no sorprendiera a nadie, ya que su orden era la de permanecer en el sitio hasta la conquista de la plaza. Al mismo tiempo mandó traer al real maderas desde Sevilla para construir nuevas escalas y reparar los daños sufridos en el tren de sitio.

INTERMEDIO

La frontera murciana.—En tanto que se desarrollaba con sus variados acontecimientos el sitio sobre Antequera, diversos hechos tenían lugar en otros sectores de la frontera granadina. En el reino de Murcia había quedado como jefe de frontera el adelantado Gutier Fernández de Oterdelobos. En fecha cercana a la terminación de la tregua los concejos murcianos habían solicitado del Infante el envío de fuerzas de protección para su frontera, toda vez que conociendo la campaña que preparaba, temían alguna incursión granadina por su territorio. No eran injustificados estos temores, pues en los comienzos de abril hubieron de sufrir dos expediciones granadinas sobre su suelo; una que atravesó el valle de Segura de la Sierra, reduciendo a cenizas a Génave y otros pueblos de su comarca, y otra sobre Caravaca y aldeas de su término. Consecuencia de estas peticiones y del interés de don Fernando por asegurar sus fronteras, fue el nombramiento de Pedro López de Dávalos, hijo del Condestable, como capitán mayor de la frontera del reino de Murcia y con amplios poderes para exigir toda la ayuda económica y militar que considerara necesaria¹⁰⁰.

El día 27 de mayo se presentaba ante el concejo de Murcia Juan de Lodueña, escudero del Condestable, con carta de creencia que le permitió hablar ante los regidores y exponer la obli-

¹⁰⁰ El nombramiento en Córdoba, 17 de abril de 1410: "Yo envío a esa frontera para que esté en ella, para guarda e defendimiento de la tierra, a Pedro, fijo de Ruy López de Dávalos, mi condestable, con cierta gente" (A.M.M. Cart. 1391-1412, fol. 119).

gación de los vasallos del rey de ir, conforme les estaba mandado, a la defensa de la frontera. Por ello emplazó al corregidor para que así lo ordenase y les diera plazo fijo para que se unieran a Pedro López de Dávalos en Lorca. Exigencia que renovó al día siguiente, en que presentó carta real designando a López de Dávalos como jefe de la frontera, y al mismo tiempo volvió a insistir sobre la obligación de los vasallos del rey y en especial señalaba a Juan Sánchez de Ayala, que abiertamente se negaba a cumplir el mandato regio.

El 12 de agosto solicitaba Pedro López de Dávalos cincuenta jinetes, que la ciudad le facilitó dos días después. Otra carta de veintitrés de agosto notificaba su propósito de efectuar una entrada en territorio granadino, por lo que en nombre del rey les pedía que fuera toda la gente obligada a empuñar las armas, que unida a la del marquesado de Villena y demás villas del reino podrían formar una importante hueste y exigir la concentración de fuerzas granadinas en su frontera oriental.

Se pregonó en Murcia esta disposición el día 31 de agosto, y se dispuso la salida para el siguiente lunes, uno de septiembre, después de mediodía, con provisión para ocho días. Conociendo la buena disposición concejil, acudió Pedro López de Dávalos a Murcia y en su presencia se adoptó el acuerdo de que todos los caballeros salieran con sus caballos y armas; los ballesteros con sus ballestas; los lanceros con lanzas y dardos, y los peones con sus corvilas y destrales para talar las "alcandias e panizo e árboles e panales"; el pendón sería portado por el alguacil, acompañado del mayor número de juglares que pudieran encontrarse, de los jurados, escribano, trompetas, etc.; también el almacén de viratones y la lombarda de Felíu de Mira, que por ser pequeña era "muy amanosa"; más otros pertrechos y gran cantidad de bizcocho.

El ofrecimiento hecho al frontero mayor no fue sólo un cumplido, pues tal cantidad de vecinos salieron para Lorca, que en las Actas Capitulares se decía al día siguiente: "ayer lunes salió la más gente y estaba la çibdad menguada e era necesario poner buena guarda". Lo que obligó a cerrar las puertas de Orihuela y del Porcel; poner a media cadena las del Merca-

do y Vidrieros, dejando abierta la del Rabal, que por estar cubierta era de más fácil defensa. Pero no fueron todos, pues se supo que algunos escondían sus caballos y no querían prestarlos, y otros que los tenían y no salían por ser viejos o de viudas. Hubo acuerdo de requisarlos y entregarlos a los que voluntariamente quisieran ir con ellos por no tener caballo; como también se averiguó que algunos vecinos no habían obedecido el pregón y “non aviendo vergueña andan escondidamente”, mandaron al alguacil que los prendiera y metiera en la cárcel hasta que volviera el pendón a la ciudad, si bien les ofrecían la oportunidad de librarse de tal pena si aquel mismo día se incorporaban a la hueste.

Se reunieron en Lorca las fuerzas de Murcia, marquesado de Villena, del comendador de Ricote y de otros lugares que acudieron al llamamiento de Pedro López de Dávalos. El ejército, cuantioso y bien armado, salía de Lorca con dirección a Oria al amparo de la sierra de las Estancias; bajaron por Albox a Cantoria y continuaron después a Zurgena y “Cartaloba”¹⁰¹, para volver por Dúrcal y Overa a Lorca. Obtuvieron abundante botín del saqueo de esta comarca, parte del cual llevó a Murcia Alonso Yáñez Fajardo por orden de López de Dávalos para su venta, que fue ciertas cabezas de ganado cabrío y cuatro moros; fue cuadrillero de la cabalgata el caballero Juan Alonso Tallante.

Este hecho de armas es el único que conocemos de Pedro López de Dávalos en la frontera murciana, en cuya capitania mayor cesó en primero de diciembre. El día 9 a su paso por Murcia y despedida del Concejo fue obsequiado con doce pares de gallinas, dos carneros, diez cántaros de vino, dos cahices de cebada y un cahiz de pan cocido. Es también la única acción bélica en este sector fronterizo hasta la firma de la tregua de 1410.

La frontera de Jaén y derrota de Montejícar.—Un grupo de caballeros que se encontraba concentrado en la defensa de Jaén, dirigidos por don Diego, hijo del conde don Alonso, Fernando

¹⁰¹ Unas veces se lee Canloba, otras Cascaloba y Castaloba, que quizá pudiera identificarse con Partalooa, en las proximidades de Zurgena.

de Torres, Pedro Muñiz de Torres y Fernán Ruiz de Narváez, al encontrarse inactivos y deseosos de ganar fama y cabalgada de los moros, acordaron en primeros de mayo efectuar una incursión por territorio granadino. Llegados a La Guardia, lugar de Diego González Mexia, le convencieron que participara en la cabalgata, con lo que se reunieron ciento veinte jinetes y doscientos cincuenta peones. Pasaron por las cercanías del castillo moro de Arévalo y llegaron hasta el castillo de Piñar. Allí se entabló la discusión de si se debía combatir o pasar de largo dada su cercanía a Granada. Se impuso el criterio de los más jóvenes, y audaces, por lo que corrieron el campo y obtuvieron rico botín de bueyes y vacas.

De vuelta con su cabalgada pasaron junto a Montejicar, y echaron pie a tierra para combatir el castillo y quemar el vecino caserío. Estando combatiéndolo y no habiendo puesto vigías de seguridad, se vieron sorprendidos con la imprevista presencia de dos mil jinetes moros, encuadrados en tres pendones y a las órdenes del alcaide Mofarrach. En su aturdimiento muchos de ellos no acertaron ni a montar a caballo. Otros, como Fernando de Torres, con treinta jinetes se internó por tres veces consecutivas en el interior de la vanguardia mora, pero cuando llegó el resto de la fuerza hubo de huir a un cerro cercano, en donde se le unieron otros veinticinco jinetes. Si su juventud e inexperiencia les había ocasionado aquel contratiempo, no les faltaba valor y acordaron morir combatiendo; con las lanzas bajo el brazo, en tropel, entraron en el escuadrón moro y luchando cayeron cuarenta y cinco de ellos, escapando tan sólo Pedro Muñiz con cinco compañeros.

Un grupo capitaneado por Diego González y Fernán Ruiz de Narváez se refugió en unas casas cercanas, pero cuando apreciaron que la defensa no era posible, hubieron de rendirse; ocho jinetes pudieron escapar merced a la ligereza de sus monturas¹⁰². En el recuento pudo precisarse que de los trescientos setenta hombres que emprendieron la incursión, doscientos treinta y tres fueron presos y sesenta muertos, con lo que só-

¹⁰² Diego González y Fernán Ruiz de Narváez lograron su libertad al concertarse las treguas de 1412, por las cuales los moros exigían diecinueve mil libras (Pérez de Guzmán, 342).

lo lograron escapar setenta y uno, que pudieron volver a La Guardia y Jaén para contar su desventura ¹⁰³.

Cabalgada de Loja.—En tanto que el tren de sitio de Antequera se reparaba y se traían de Sevilla los repuestos de madera necesarios, el Infante, para obtener algún beneficio y para que la gente no estuviera inactiva, ordenó que Pedro Ponce de León, Garci Fenández Manrique, Carlos de Arellano y Alonso Martínez de Angulo acompañaran a los encargados de llevar los caballos a herbajar hasta las cercanías de Archidona y dejándoles suficientes fuerzas de seguridad, continuaran más adelante y probaran fortuna en aquellos campos hasta Loja. Como algunos consejeros estimaran que era poca fuerza y mucha la distancia, dispuso don Fernando que tras ellos salieran el conde Enrique Enríquez y Diego Pérez Sarmiento, que lograron alcanzarles y unirse en fuerte hueste.

Idearon que Pedro Ponce de León corriera el campo con cien jinetes y quedaron los demás en celada. Al divisarlos salieron de Loja doscientos caballeros dispuestos a escaramuzar con los castellanos que osaban pasar ante sus muros, pero temiendo que fuera un ardid, no se apartaron mucho de la villa, con lo que el encuentro no pudo llevarse a cabo, muriendo en la escaramuza dos jinetes y cuatro peones moros. La cabalgada supuso seiscientas cabezas de ganado vacuno, que sirvió para el

¹⁰³ Menéndez Pidal en su *Poesía popular y Romancero* (Rev. Filol. Española, II, Cuad. 2.º, 1915, págs. 105-136) estudia el romance "Ya salen de Jaén", que narra esta expedición de trescientos hidalgos y su lucha con seis mil moros. Indica que coinciden en muchos puntos Crónica y romance, y llega a la conclusión de un romance extenso referente a la derrota de Montejícar ocurrida el 11 de mayo, el cual, en cuanto a sus pormenores narrativos, se atiene fielmente a la Crónica, y su sentido poético se refleja mejor en la versión del romance, sin duda abreviado, que nos transmitió Juan de Timoneda. De su estudio deduce la existencia anterior del romance, aprovechado por el cronista, porque este relato "es dentro de la crónica impresa algo incidental, sin ninguna ligazón con el resto". La realidad es que los datos aportados por el cronista son muy superiores a los que proporciona el romance, y sólo el conocimiento completo de las versiones de la crónica manuscrita podrían aclararlo. El romance es aquel que empieza: "Ya salen de Jaén --los trescientos hijosdalgos, --mozos codiciosos de honra, --pero más enamorados. --Por amor de sus amigos, todos van juramentados --de llegar hasta Granada --y correrles todo el campo, --y no dar vuelta sin traer --algún moro en agualdo".

abastecimiento del ejército castellano acampado ante Antequera.

Cabalgada de Setenil y Ronda.—En la guerra de frontera los hechos quedaban un poco a la suerte, porque la sorpresa y la improvisación podían cambiar el curso de los acontecimientos. Otras veces la fortuna sonreía a los audaces, pero en general, éstos, que casi siempre eran los jóvenes, sufrían las consecuencias de su ardor bélico y de su inexperiencia personal. Pocas fueron las ocasiones que jefes fronterizos con años de servicio en la frontera sufrieran descalabros por exceso de audacia, y casi siempre que los moros pudieron lograr alguna victoria o desquite fue ocasionada por este deseo de la juventud de ganar méritos, emular a sus mayores y obtener posibles y sonados triunfos sin su ayuda y sin el consejo del veterano en lides fronterizas.

Así hubo de suceder a Fernando de Saavedra, hijo de Fernán Arias de Saavedra y su alcaide de Cañete. Con treinta jinetes salió de Cañete a recorrer los alrededores de Setenil. Avisados los moros y reunidas las guarniciones de Setenil y Ronda en número de cien jinetes y doscientos infantes, se dividieron en dos celadas para encerrar en medio a los castellanos. La desigual lucha terminó muy pronto con la muerte de Fernando de Saavedra y de la mayor parte de sus acompañantes, ya que los once que salvaron la vida fue para quedar prisioneros¹⁰⁴.

Se hallaba Fernán Arias en el cerco de Antequera cuando supo su desgracia y marchó a Cañete a reforzar su guarnición, temeroso de que los moros quisieran aprovechar aquella oportunidad para apoderarse de la fortaleza. Asegurada la plaza, Fernán Arias solicitó de don Fernando ayuda militar para intentar vengar la muerte de su hijo. Atendida su petición, a Cañete llegaron Pedro Núñez de Guzmán, copero mayor del Regente; Pedro de Guzmán, merino mayor de las behetrias; el maestresala Juan Delgadillo con ciento cincuenta lanzas y Gonzalo de Aguilar, hijo bastardo de Gonzalo Fernández, señor de Aguilar, con otros ciento cincuenta jinetes.

¹⁰⁴ A este hecho se refiere el romance: "Buen alcaide de Cañete, mal consejo habéis tomado!".

La hueste se dirigió hacia los campos de Ronda, donde los moros estaban acostumbrados a ver por aquellas cercanías a un corto número de jinetes del alcaide de Cañete, que mero-deaban en busca de posible cabalgada. No pensaron en un posible engaño cuando vieron pasar a una treintena de cristianos por delante de sus muros. Salieron en su persecución; a la vez y contra el alcaide de Ronda sólo fue Gonzalo de Aguilar con sus ciento cincuenta hombres, en tanto que el resto de la fuerza cristiana marchaba a situarse ante las puertas de Ronda para impedir la retirada de los perseguidores.

Hubo fuerte encuentro entre ambas fuerzas, en que vencieron los cristianos, no sin grandes dificultades, dando muerte a trescientos moros a costa de algunas bajas propias. Con veintiséis prisioneros y un millar de cabezas de ganado vacuno volvieron los cristianos a Cañete y Fernán Arias satisfecho de haber vengado de esta forma la muerte de su hijo.

Cabalgada de Montefrío.—Por el señor de Aguilar era alcaide de Alcalá la Real su primo Alonso Fernández, hijo de Ruy Fernández de Córdoba. Lo mismo que a otros, la inactividad ante Antequera le indujo a emprender una cabalgada sobre Montefrío. Desde Alcalá la Real salía el día primero de julio con sesenta de a caballo y no se detuvo hasta un arroyo llamado El Almoso, cerca de la raya fronteriza, para descanso y refresco de los caballos.

De allí partió a medianoche, pasando junto a un lugar de moros llamado El Angostura, a media legua de Montefrío, para detenerse en las cercanías de una atalaya granadina levantada en lo alto de un cabezo. Dejó allí diez jinetes y seis peones en celada por ver si podía apresar a los que salían de noche de la atalaya para ir a guardar los pasos y travesías, con orden de que si no salían se dejaran ver por los moros cuando fuese de día y huyeran hacia Alcalá la Real.

En tanto Alonso Fernández se puso también en celada cerca de Montefrío en espera de que salieran los de la villa detrás de los que habían quedado vigilando la atalaya, para cortarles la retirada. Pasado el tiempo convenido y al no surgir rebato alguno salió el alcaide de Alcalá sin ser visto por los de Montefrío, con intento de sorprender la villa. Casualmente se ha-

llaban en sus afueras cincuenta hombres, que al ver a los cristianos se refugiaron en Montefrío, cerraron sus puertas y se aprestaron a la defensa. Fallida la sorpresa y sin posibilidad de efectuar otra acción bélica, con unas sesenta cabezas de ganado vacuno emprendieron el regreso hacia Alcalá la Real.

Ignoraba Alonso Fernández que el día anterior había entrado en Montefrío el alcaide Mofarrach, suegro del rey de Granada, y su alguacil mayor con doscientos de a caballo con objeto de avisar de que en aquella misma semana acudiera a Granada a unirse con su soberano para una incursión que pensaba hacer en tierras de Baena, Castro del Río y por la campiña cordobesa. Tras su visita, el alguacil mayor de Granada marchó al campo, hacia la frontera con Alcalá la Real, a esperar la gente que había mandado llamar. Supo por un vecino de Montefrío la entrada de Alonso Fernández y los pocos acompañantes que llevaba, por lo que decidió sorprenderles. Le ayudó también la fortuna en aquel instante, pues los diez jinetes y seis peones que habían quedado en celada junto a la torre de la atalaya no cumplieron con el encargo que le habían dado, siendo cautivados los seis peones, que confesaron el ardid de Alonso Fernández.

En su regreso a Alcalá la Real marchaba la hueste catalana ignorante de cuanto había sucedido y de la proximidad del alguacil mayor de Granada. En su camino pudieron ver que en las alturas de dos cabezos cercanos entre los cuales habían de pasar, se hallaban una veintena de moros armados que observaban su marcha. Quisieron los cristianos ir a pelear con ellos, pero el alcaide de Alcalá lo prohibió, haciéndoles ver que si eran atacados se defenderían, pero que no podían abandonar la cabalgada que llevaban, pues sería vergüenza grande tener que abandonarla.

Acababan de tomar esta decisión cuando inesperadamente hizo acto de presencia ante ellos el alcaide Mofarrach con un pendón encarnado y doscientos jinetes ricamente enjaezados. Al propósito anterior de combatir, sucedió el temor, pero Alonso Fernández les animó diciendo "juntémonos todos e vamos nuestro camino contra ellos". Quedaba entre ambas huestes una quebrada en cuyo fondo corría un arroyo, pero desde las alturas

vecinas los moros hostilizaban a los cristianos con diparos de flechas. Apreciada su inferioridad, Alonso Fernández decidió alcanzar un cabezo que había frente a ellos como medio más seguro para defenderse con ventaja en tanto quedara uno de ellos en pie. Corrieron hacia aquella altura y los moros, creyendo que huían, salieron en corto número tras ellos. Cuando los de Alcalá se apercibieron que eran pocos los que les perseguían y que se hallaban ya a sus alcances, volvieron contra ellos "las lanças so los sobacos" y, tras encomendarse a Santiago, Alonso Fernández les animaba diciendo: "Señores, fagamos algún bien antes que muramos". De este inesperado contrataque fueron víctimas hasta treinta jinetes granadinos y entre ellos su jefe que, descabalgado, murió luchando con la espada en la mano.

Al ver caer a su caudillo y la mortandad que en ellos hacían los cristianos, los granadinos completamente desmoralizados emprendieron la huida y detrás de ellos los cristianos, convertidos en perseguidores. Al mismo tiempo el resto del contingente granadino, sin conocer la muerte de su jefe, corrieron a su vez tras los cristianos, dándose el momentáneo espectáculo de un encuentro en que moros y cristianos eran a la vez perseguidos y perseguidores. Cuando los de Alcalá sintieron próxima la hueste granadina, volvieron sobre ellos y tras duro encuentro lograron vencerlos y ponerlos en fuga, aunque no los persiguieron mucho tiempo, tanto por la superioridad numérica enemiga, como por cansancio y por la imposibilidad de lograr expulsarlos en una de las torres de la atalaya donde se hicieron fuertes.

Los cronistas cifraron en siete cristianos muertos, más treinta y siete caballos muertos o heridos; las bajas granadinas sumaron ochenta jinetes. El vencedor ordenó cortar la cabeza del caudillo y seis principales granadinos caídos en la batalla para llevarlas a Alcalá la Real y presentar testimonio fehaciente de su victoria. También se consiguió rico botín, ya que fueron muchas las adargas, hojas guarnecidas de plata y vistosas y valiosas ropas.

A su regreso a Alcalá la Real un elche granadino que encontraron a su paso les certificó que la cabeza del caudillo moro

que llevaban era la de Mofarrach, suegro y alguacil mayor del rey de Granada. Noticia que alegró extraordinariamente a los expedicionarios, pues hasta entonces no supieron contra quienes habían luchado, limitándose a cortar la cabeza de los siete granadinos que mejor enjaezados encontraron. Esto llenó también de satisfacción al señor de Aguilar, que escribió inmediatamente al Regente para comunicarle la buena nueva; poco después, en veinte de julio presentaba personalmente la cabeza de Mofarrach, por lo que don Fernando le felicitó y premió, destacando tan señalado hecho de armas ¹⁰⁵.

Cabalgada de la Hoya de Málaga.—Continuando su decisión de no tener inactiva a su gente, el Infante ordenó efectuar otra incursión en territorio granadino, señalando para esta ocasión la Hoya de Málaga. Hubo deseo general de participar, por lo que don Fernando designó a don Lope de Mendoza, arzobispo de Santiago; Ruy López de Dávalos; conde de Niebla, Pedro Ponce de León; los adelantados de Castilla y León y el comendador Lorenzo Suárez de Figueroa. Con dos mil doscientos hombres de armas, ochocientos jinetes y tres mil lanceros y ballesteros de a pie salían el día once de julio.

Aquella noche durmieron a orilla del Guadalhorce, entre Cártama y Alora, y al día siguiente quemaron los arrabales de Cártama, talando trigos, huertas y viñas; otro día continuaron su camino hacia Málaga, aunque no pudieron establecer contacto con sus corredores que desde el día anterior desconocían su situación; a una legua de la ciudad supieron que se encontraban escaramuzando con los moros y en posición algo comprometida. Pero avisados por los corredores, no siguieron adelante para que los malagueños ignoraran su proximidad y procurar sorprenderlos. Luego por la noche volvieron sin haber logrado ninguna ventaja especial ni obtener gran número de cautivos o muertos.

Otro día, domingo 13 de julio, después de oír misa partieron con sus batallas ordenadas hasta las cercanías de Málaga, en donde talaron huertas, viñas y árboles. Contra ellos, con intento de evitarlo, salieron cuatrocientos jinetes y gran número de

¹⁰⁵ Publicado este capítulo inédito de la *Crónica* de Alvar García de Santa María por Carriazo en *Al-Andalus*, XIII, págs. 85-90.

peones, de los que muchos fueron muertos y más de un centenar apresados. Tras de esta victoria pudieron pegar fuego a los arrabales y casas de las cercanías con excepción de una perteneciente al monarca granadino, que don Fernando había ordenado respetar con la esperanza de que muy pronto fuera suya, ya que esperaba ganar Málaga para la corona castellana.

Después de este triunfo, en que sólo murieron Fernando de Guzmán, hijo de Juan Ramírez de Guzmán, y unos pocos peones, los castellanos plantaron su real ante los muros de Málaga. El lunes día dos emprendieron el regreso hacia Antequera con las debidas precauciones contra cualquier sorpresa; en vanguardia, siguiendo la línea más cercana al litoral, el conde de Niebla y el señor de Marchena y cabalgando por las alturas de la sierra en el lado contrario el comendador mayor de León. Detrás y por el valle de Santa María el resto de la hueste realizaba su viaje de retorno quemando y talando cuanto encontraban.

El quince de julio combatieron una fortaleza mora que no se esforzaron en tomar, causando más bajas que pudieron recibir, hasta establecer su campamento a orillas del Guadalhorce, en las cercanías de Alora. El miércoles dieciséis llegaban al real del Infante, quien informado del éxito de la incursión felicitó a todos los que en ella habían intervenido por su brillante actuación.

Intentos de paz.—En fecha indeterminada, pero que debió ser muy cercana al fracasado intento de escalar Antequera, ya que hubo de paralizarse toda acción bélica contra la villa por la necesidad de construir nuevas escalas y bastidas, Yúsuf trató de aprovechar la circunstancia para lograr un acuerdo de suspensión de hostilidades, que le proporcionara el levantamiento del sitio aunque foera a costa del pago de nuevos tributos. Contaba con el cansancio de los caballeros castellanos ante la prolongación del cerco, y con el temor de que se reprodujera el fracaso como ante Setenil en la campaña de 1407. Conocía también la desgana de los nobles a intentar nuevos asaltos y de permanecer mucho tiempo en sitios fijos, ya que preferían las cabalgadas e incursiones, donde el peligro

era menor, la hazaña más brillante y personal y el beneficio particular mucho mayor.

Momento oportuno para obtener un resultado beneficioso, puesto que cabía esperar que los castellanos con su victoria de Boca del Asna y apreciadas las dificultades que suponía la conquista de Antequera, se dieran por satisfechos y pusieran fin a su campaña. Buscó Yúsuf la anterior relación amistosa con don Alonso Fernández de Aguilar, alcaide de Alcalá la Real, a quien escribió solicitando su intervención cerca del Infante y la designación de un representante castellano para tratar con él de un posible acuerdo de paz. Así lo hizo don Alonso con la rapidez que la propuesta requería a don Fernando, y éste, de acuerdo con sus consejeros, ya que en su mayor parte eran partidarios de una suspensión de hostilidades, y porque era conveniente conocer las intenciones y propuestas de Yúsuf, así como apreciar la moral granadina y el estado de la tierra, envió a Diego Fernández Abenconde ¹⁰⁶, alfaqueque mayor del rey, a entrevistarse con Yúsuf de Granada.

Muchas fueron las idas y venidas del emisario castellano y del granadino Saad al-Amin en una y otra dirección. La última propuesta del monarca granadino fue que se levantara el cerco de Antequera y se le concedieran treguas por dos años. La contestación del Regente castellano fue tajante en cuanto culparles del comienzo de la guerra, causada por el quebrantamiento de la tregua hecho por el hermano de Yúsuf al apoderarse del castillo de Ayamonte en tiempos de paz; también que para su campaña había hecho considerables gastos y preparativos, por lo que no levantaría el sitio hasta la conquista de la plaza; y si quería treguas, tras entregar Antequera debería otorgarse vasallo del rey de Castilla lo mismo que sus antecesores habían hecho, pagar tributos y las parias acostumbradas y entregar todos los cautivos cristianos que tuviera en su poder. Al no variar las condiciones propuestas por ambas partes, aunque las conversaciones se mantuvieron, las negociaciones

¹⁰⁶ Unas veces se le denomina Abenconde; otras, Abencañin. Sin duda es el mismo que en documentos posteriores aparece con el nombre de Diego Fernández de Córdoba.

quedaron en punto muerto del que sólo podría salirse con la conquista o el levantamiento del cerco sobre Antequera.

Así lo comprendió el enviado granadino Saad al-Amin y viendo cómo continuaban los preparativos castellanos para el asalto de Antequera y que el cerco se mantenía rigurosamente, buscó medio para impedirlo. Su prolongada estancia en el campamento cristiano le permitió hacer amistad con los moros servidores de los caballeros castellanos, en especial con un trompeta de Juan de Velasco. Idearon prender fuego al campamento con objeto de destruir los ingenios y obligar a levantar el sitio. Buscando ampliar el número de comprometidos para que el plan tuviera éxito, encontró facilidades en Rodrigo de Vélez, hijo de un converso de Vélez, quien le proporcionó amplia información de la distribución del real castellano. Con ello ganó la confianza de al-Amin, quien le manifestó la conjura preparada con el trompeta de Juan de Velasco y otros moros amigos suyos, a los cuales había proporcionado medios suficientes para que pusieran fuego al real por diversas partes y escaparan a Archidona, en donde tendrían caballos preparados para marchar a Granada.

Rodrigo de Vélez no quiso traicionar al Infante, sino que, por el contrario, decidió comunicarle todos los proyectos de al-Amin, y aunque le costó gran esfuerzo vencer la desconfianza de fray Pedro, confesor de don Fernando, pudo al fin decirle cuanto sabía. Convinieron que siguiera manteniendo estrecho contacto con los conjurados para conocer todos sus proyectos, especialmente la forma que pensaban poner fuego a las bastidas. Así pudo saber que los granadinos pensaban concentrarse en Loja para atacar el real castellano aprovechando el desconcierto que se produciría al ver incendiadas sus bastidas.

Una vez alejado el emisario de Yúsuf, que marchó con su escolta a Archidona, fueron sorprendidos los moros conjurados con el alquitrán, brasas y paja que tenían preparados para poner fuego al campamento. Puestos a tormento, confesaron su delito y fueron ahorcados y descuartizados. Rodrigo de Vélez recibió un premio de diez mil maravedis y el privilegio de que desde entonces se llamara Rodrigo de Antequera. El mismo fue portavoz de este hecho ante la reina doña Catalina,

quien también premió su conducta con la concesión de un juro de diez mil maravedís.

Los preparativos para el asalto a Antequera.—El descubrimiento de esta conjura estimuló al Infante a dar mayor rapidez en la terminación de escalas y bastidas, pero un nuevo contratiempo vino a demorar esta acción, pues un fuerte viento quebró los mástiles de las bastidas. No desesperó por ello don Fernando, y envió a Córdoba y Sevilla por los mayores pinos que pudieran encontrar. A la vez, para animar a su gente y que la actividad fuera mayor, hizo levantar tapias alrededor de Antequera para evitar que de noche pudieran entrar a escondidas en la villa y, al mismo tiempo, para mostrar la perseverancia de su propósito de mantener el cerco hasta la conquista de la plaza.

Con los suministros facilitados desde Córdoba y Sevilla se levantó una cerca de dos tapias en alto, que en algunas partes llegó a tres, así como se habilitaron puertas con adecuada custodia. Según el relato del regidor murciano Fernández de Cascales, testigo presencial que detalladamente informó al concejo murciano de cuanto sucedió en el cerco, esta nueva modalidad era la tercera forma de combatir a Antequera. La primera había sido el sitio a distancia con el establecimiento de cinco reales a su alrededor en el mes de mayo; la segunda, combatiéndola con ingenios y lombardas en el mes de junio, y ahora, en agosto, con la construcción de una cerca de tapias rodeando la plaza.

El fracaso de la conjuración de al-Amin y la nueva cerca alrededor de Antequera convenció a Yúsuf III de que el Infante no cejaría en su empeño, por lo que pensó en otro medio, también indirecto, para obligarle a alejarse de la villa. No podía pensar en una nueva batalla, pues, aunque tuviera superioridad numérica, era inferior su armamento; reconocida esta diferencia por al-Amin al manifestar a Rodrigo de Vélez “que la gente del Reyno de Granada era menuda e mal armada, e habían de pelear con los christianos, que eran hombres de fierro...”. Yúsuf ordenó la movilización de todas las fuerzas militares de su reino e hizo pública su decisión de ir a luchar contra los castellanos que asediaban Antequera. Buscaba inti-

midar con su superioridad numérica al Infante, pero éste, tras comprobar que le faltaba mucha gente, ya que las fuerzas concejiles de Córdoba, Sevilla, Jerez, Carmona y otras poblaciones andaluzas habían regresado a sus casas mandó cartas conminatorias para que con toda rapidez volvieran al sitio de Antequera. Así se hizo y en muy poco tiempo comenzaron a llegar las huestes concejiles hasta satisfacer las necesidades militares del Regente y permitirle comprobar que podía hacer frente a la totalidad de las fuerzas del reino granadino. Fracasada su añagaza, Yúsuf desmovilizó el ejército que había reunido, lo que también permitió a don Fernando autorizar la vuelta del peonaje a sus ciudades y villas.

Nueva dificultad iba a ofrecerse por otro camino, como fue la falta de dinero para pagar las soldadas a las fuerzas que tenía bajo su mando. Otra vez hubo que recurrir a las ciudades andaluzas, pidiendo a todos sus habitantes, clérigos, judíos, moros, genoveses y castellanos el préstamo de cantidad suficiente para poder continuar frente a Antequera, asegurándoles su devolución en plazo inferior a un año. Pese a la buena disposición general y cuanto podía significar la falta de dinero, las cantidades recaudadas no fueron muy elevadas para cubrir las necesidades existentes.

Acudió entonces a su corregente, a la que hizo saber la necesidad en que se encontraba y rogando le ayudara con parte del tesoro real. Como no ignoraba la reacción en contrario de doña Catalina, aunque cuando se inició la campaña le había prometido que vendería sus joyas si era preciso para llevar adelante su empresa, recurrió antes a doña Leonor López de Córdoba, la consejera más íntima de doña Catalina, de quien dice la Crónica que “era dueña que mucho amaba a maravilla”, y que entonces se encontraba en Córdoba¹⁰⁷. Halagada por la carta de don Fernando y conocedora de la realidad de cuanto exponía, doña Leonor escribió a la reina instándole a que prestara la ayuda que le pedía su cuñado. Y no hubo negativa, pues, doña Catalina ordenó a Ruy Vázquez, hermano del obis-

¹⁰⁷ Macdonald, págs. 119-120, publica este texto inédito de la *Crónica* de Alvar García, procedente del manuscrito de París.

po de Segovia, que fuese a Castrojeriz y sacase seis millones de maravedís y los llevase al real de Antequera. Con esta cantidad y la que habían proporcionado Córdoba y Sevilla, pudo pagar don Fernando todo lo que se debía y con ello contar con la buena disposición de los que habían demostrado su descontento.

Otro acontecimiento iba a afectar indirectamente la vida del real castellano y que sirvió para activar aún más los deseos de conquistar la villa. Al campamento llegó la noticia de la muerte de don Martín de Aragón, quien en su testamento dejaba dispuesto que le sucediera aquel de sus parientes que mejor derecho tuviera a la corona aragonesa. Había expuesto anteriormente don Fernando sus aspiraciones a la sucesión cuando se produjo la muerte de don Martín de Sicilia. Los mensajeros que envió a Aragón a expresar su sentimiento, no dejaron de exponer a don Martín la pretensión del Infante, y allí quedaron de forma permanente atentos a la defensa de sus intereses. Fernán Gutiérrez de Vega y el doctor Juan González de Acevedo no sólo fueron eficaces embajadores, sino también le mantuvieron informado de cuanto sucedía y de que la intervención de las Cortes de los tres reinos de la Corona de Aragón retardaría por algún tiempo la sucesión. Lo que le proporcionaba un plazo más que suficiente para ultimar su empresa de Antequera, y poder dedicar después su atención a sus pretensiones aragonesas.

La escaramuza de Archidona.—Cierta día se apreció desde el real castellano las humadas que hacían las guardas y vigias que tenían en la Peña de los Enamorados, lo que denunciaba la presencia de contingentes moros armados a menos de una legua de Antequera. Por orden de don Fernando salió Alonso Alvarez de Ecija, comendador de Azuaga, con cincuenta jinetes para informarse de la causa de aquellas señales. Tras él salieron Carlos de Arellano, Garci Fernández Manrique, su camarero Alvaro de Avila, Rodrigo de Narváez, Pedro Alonso de Escalante y Juan Carrillo de Toledo con toda su gente. Un peón que encontraron en su camino les informó que de Archidona habían salido cuatrocientos jinetes y se habían llevado tres hombres y dos caballos de los vigias que estaban en guardia

frente a Archidona. Recelando que fueran mayor cantidad y tramaran algún engaño, don Fernando ordenó a don Pedro Ponce de León que con las fuerzas concejiles de Córdoba se uniera a los que habían marchado hacia Archidona.

Reunidos todos en la Peña de los Enamorados, el comendador Alonso Alvarez les dijo que había divisado al otro lado del río Guadalquivre un escuadrón de unos quinientos jinetes granadinos. Considerándose los expedicionarios con poder suficiente para enfrentarse con ellos, marcharon hacia Archidona y en sus cercanías, al pie de la sierra, encontraron en formación de batalla a unos quinientos caballeros y mil doscientos infantes. Se dispusieron los castellanos también en orden de combate y pronto se entabló la lucha. La superioridad armada castellana se impuso y los moros emprendieron la huida cuando apercibieron que nuevos refuerzos castellanos llegaban al campo de batalla.

La ayuda de don Fadrique Enríquez permitió perseguir a los granadinos hasta las mismas puertas de Archidona ocasionándoles más de cuatrocientas bajas. Conociendo don Fernando que las defensas de esta villa no eran muy buenas y baja la moral de sus combatientes, dio orden de que intentaran su ocupación con los medios a su alcance. Poco dispuestos a sacrificios que estimaban inútiles, ya que consideraban que se necesitaban ingenios y largos días de asedio, los caballeros decidieron volver al real de Antequera y exponer al Infante la imposibilidad de ganar aquella villa por combate de hombres de armas sin artillería ni escalas. Ningún reparo hizo el Infante ante esta decisión, pues si le disgustaba, la necesidad de contar con su esfuerzo para mantener el cerco sobre Antequera le obligaba a soportar estos desaires, que en otra ocasión no hubiera dejado de recriminar a sus autores.

LA CONQUISTA

El asalto.—La tardanza en la preparación de bastidas y escalas decidió al Infante a emplear un nuevo medio contra las murallas de Antequera. Era la cuarta modalidad en la contabi-

lidad del doctor Fernández de Cascales¹⁰⁸. Ordenó abrir minas por tres partes distintas en la muralla, pero advertidos los moros contraminaron eficazmente impidiéndoles continuar su trabajo, por lo que tuvieron que abandonar aquel medio y seguir esperando otra oportunidad y, sobre todo, que acabara la construcción de las escalas.

Un judío escapado de Antequera el dos de septiembre informó la escasez de agua que padecía la villa, ya que sólo contaban con la que podían tomar del río, saliendo por un pequeño postigo. Conocida la situación, don Fernando ordenó a Diego Fernández de Quiñones la vigilancia de aquel lugar, lo que daría lugar a que los moros batieran continuamente a las guardas, hiriendo a cuarenta de ellas con tiros de ballesta, aunque de ellos murieran tres y otros muchos fueran heridos.

En el mismo día tuvo lugar un acto solemne y tan del agrado del infante don Fernando como fue el de armar caballero al segundogénito del conde de Foix, en forma semejante a como lo había realizado con su hermano mayor en la primera campaña. La ceremonia, realizada con la brillantez y ordenanza que el acto requería, llevó consigo el regalo de ropas, joyas, caballos y dinero al nuevo caballero, antes de que retornase a su tierra.

Para todos era ya un hecho cierto que el anhelado día se acercaba y que el triunfo estaba próximo. Para realzar y dar mayor emotividad al hecho, don Fernando hizo trasladar el pendón de San Isidoro desde León hasta su campamento, adonde llegó el diez de septiembre. En tanto, concluidas las bastidas y escalas, se efectuaron los preparativos para el asalto. Incluso porque Juan Gutiérrez de Torres, que tan bien había sabido hacer las bastidas conforme a la costumbre portuguesa, no era lo suficientemente entendido para acercarlas y alejarlas de los muros de Antequera, fue sustituido por cuarenta marineros de las atarazanas sevillanas a las órdenes de Rodrigo Alonso; gentes que acostumbrados a la botadura de barcos y otros trabajos

¹⁰⁸ La carta de Alonso Fernández de Cascales, que tan valiosa información proporciona de todas las vicisitudes del asedio y asalto de Antequera fue publicada por Francisco Cascales (*Discursos históricos*, págs. 234-6) e igualmente por Suárez Fernández (*Juan II y la frontera de Granada*, 34-6).

similares, no tuvieron dificultad para realizar aquella labor, que cumplieron con rapidez y celo, al mismo tiempo que colaboraron eficazmente en la terminación de aquellos ingenios.

Todo preparado, don Fernando decidió muy en secreto que el asalto debía efectuarse el día 16 de septiembre. En los días anteriores dos ballesteros con ballestas de garrucha y de torno dispararon continuamente sobre los moros que se encontraban en la torre albarrana, lugar elegido para el escaló; tal fuerza tenían estos tiros que atravesaban a los defensores de parte a parte cualquiera que fuera el armamento defensivo que llevaran, aunque ello no impidió que valientemente mantuvieran su servicio de armas en aquella torre. Desde el día trece las bastidas o grullas estuvieron ensayando el asalto; se echaba la escala y un grupo de ballesteros se presentaba en disposición para efectuar el asalto. Las primeras veces, cuando se acercaba la torre móvil y se echaba la escala, los moros subían a la torre para defenderla al creer inminente el ataque, que era el momento que aprovechaban los cristianos para disparar sobre ellos, ocasionándoles abundantes bajas. La repetición de estos simulados intentos hizo que los moros dejaran de subir a la torre con la prontitud que lo hicieron las primeras veces, pensando que eran nuevos engaños y evitar en lo posible el aumento de heridos en su guarnición.

La verdad es que el propósito de don Fernando era el de confiarlos, para efectuar por sorpresa el asalto. Sin avisar a los caballeros y jefes de su ejército, el día 16 de septiembre, se repitieron las mismas maniobras y fue echada la escala en la misma forma que en los días anteriores, pero esta vez los sesenta hombres que se encontraban en la torre a la órdenes de los capitanes que más se habían distinguido en aquella campaña, Garci Fernández Manrique, Carlos de Arellano, Alvaro de Avila, Pedro Alonso de Escalante y Rodrigo de Narváez, los hombres de mayor confianza del Infante ¹⁰⁹, cumpliendo sus instrucciones, saltaron a la torre con intento de ocuparla. En tanto don Fernando en unión de los principales caballeros de su

¹⁰⁹ Fernández de Cascales indica tan solo a Garci Fernández Manrique y a Enrique y Carlos de Arellano.

ejército presenciaba aquella escena como si fuera la repetición del mismo acto que llevaban haciendo tres días ¹¹⁰.

Echada la escala y pasados a la torre, los hombres de armas lucharon con los moros que subieron a defenderla, hasta apoderarse de ella. Recurrieron entonces los granadinos a un medio que tenían preparado para este caso y fue el de prender fuego a una gran cantidad de leña que tenían almacenada en la parte baja de la torre, para que el humo y grandes llamas que pasaba por un agujero que tenían abierto en la bóveda impidiera a los hombres de armas mantenerse en sus alturas. Como contramedida los castellanos hicieron ensanchar aquel agujero, lo que permitió que el fuego se consumiera rápidamente y después utilizarlo para bajar y echar a los moros que se hallaban en la parte inferior, hasta quedar apoderados de la fortaleza. Al mismo tiempo, en tanto que se luchaba en la parte baja, en lo alto se hicieron dos agujeros en el muro, a la derecha e izquierda de la torre, que permitió el paso de nuevas fuerzas ¹¹¹. Seguidamente fueron puestos en lo más alto los pendones de Santiago, San Isidoro, de Sevilla y de Córdoba.

Asegurado el éxito de la escalada, don Fernando ordenó a todos los grandes que con él estaban que marcharan a sus respectivos puestos de mando de sus fuerzas y atacaran la muralla por los lugares que previamente se les había señalado. Así lo hicieron el Condestable, Pedro y Gómez Manrique, Juan de Sotomayor, etc. ¹¹², hasta conseguir plantar sus banderas y pendones en lo alto de los adarves y torres, mal defendidas por los moros, ya que sabiendo que los castellanos tenían entrada libre en la villa, poco tardarían en ocuparla, por lo que era preferible concentrarse en la defensa del castillo.

La ocupación de la villa produjo la alegría general, pues era de esperar que pronto se conseguiría también la de su fortaleza.

¹¹⁰ Según Fernández de Cascales eran pocos los que conocían el propósito de don Fernando de efectuar el asalto aquel día.

¹¹¹ Así lo manifiesta Fernández de Cascales en su carta.

¹¹² La *Crónica* dice: sobieron por fuerza el muro e por peor se tenía el que apostre se quedaua". Estaba ordenado que fueran siete batallas, a pares de tres en tres y la séptima la del Infante. Dice el romance: "Después de aquesta batalla —fue la villa combatida —con lombardas y pertrechos —y con una gran bastida, —con que le ganan las torres --de donde era defendida".

El Condestable, no olvidando que era adelantado mayor del reino de Murcia, escribió al concejo murciano para comunicarles el acontecimiento y los grandes esfuerzos y sacrificios que había costado y que entonces “la una cerca de ella el cuerpo de la primera villa es ya por el dicho señor rey”. Mostraba también seguridad en que la ocupación del castillo no habría de tardar ¹¹³. La misma seguridad de su rápida y próxima rendición muestra el doctor Fenández de Cascales.

Pero también es digno de mención especial el elogio, caluroso y desapasionado, que el regidor murciano hace de los defensores de Antequera recogiendo la opinión de los principales caballeros de la hueste castellana, y así dice “que ante los ataques cristianos no podían dormir ni holgar, tanto que todos los caballeros de los cristianos tenían en ello fabla e consejo, cómo omes de carne e uesto podían tanto sufrir”; añadiendo que los defensores de Antequera eran “vallesteros buenos e denodados e escogidos e verdaderos, con muy grand lealtança e cordura, los cuales de sy nunca dieron mengua a ley de omes e por tales son oy dia en este real loados” ¹¹⁴.

La guerra, pese a los antagonismos y enemistades y los males y daños que ocasionaba, no hacia perder el aprecio medieval a las virtudes caballerescas del contrario, y este elogio del vencedor, de asombro y admiración para la valentía del vencido, nos muestra junto a la hidalguía y honradez de los caballeros castellanos, esa afinidad que en tantos aspectos unía a los hombres de guerra de los dos reinos, que saltando diferencias de raza y religión, se aprecian y enjuician, a veces con excesivo valor, los hechos del contrario o del vencido. Y junto a ello, no lo podemos olvidar, hace su aparición precisamente en estos años el romance fronterizo, que tan amplias resonancias tendría y en cuyos versos se cantan valores semejantes a los que encontramos en estas palabras de Alonso Fernández de Cascales, regidor y procurador en Cortes de Murcia, y alcalde de la casa y rastro del rey don Juan.

La ocupación de la torre albarrana y el horadamiento del muro por dos partes facilitó el paso de los castellanos al inte-

¹¹³ En 17 de septiembre, apéndice XIV.

¹¹⁴ Fernández de Cascales en su carta al concejo murciano.

rior de la villa y que las seis huestes restantes hicieran lo mismo por los lugares que tenían a su cargo. Pronto, en tanto que los defensores corrían presurosos a refugiarse en el castillo, los cristianos comenzaron a saquear sus casas.

Quedaba asegurada la victoria, puesto que un elemento tan preciso como el agua no existía en cantidad suficiente en el alcázar, por lo que la resistencia que pudiera ofrecer no podía prolongarse mucho tiempo; además, al acogerse en la fortaleza toda la población, no existía en su interior refugio suficiente para todos ellos, y eran muchas las bajas que se ocasionaban con los disparos que se hacían contra el castillo con un ingenio que los castellanos habían metido dentro de la villa. Sus dieciséis disparos nocturnos fueron suficientes para que los defensores de la fortaleza demandaran del condestable Ruy López de Dávalos condiciones para su rendición.

Proponían los moros efectuar la entrega del alcázar a cambio de que se les asegurara la vida a todos ellos y se les pusiera a salvo en Archidona; se les prestara acémilas para transportar sus bienes y se les pagara cuanto no pudieran llevar. Si la propuesta fue rechazada en principio por don Fernando, que exigía la rendición incondicional, la actitud del alcaide antequerano era firme, pues su contestación fue que antes que rendirse en la forma que exigía el infante castellano, quemaría el alcázar y cuantos en la fortaleza se encontraban combatirían hasta la muerte.

Cese de conversaciones que se mantuvo hasta el 22 de septiembre, en que los moros pidieron su reanudación, solicitando la participación de algún caballero del linaje de don Fernando. Fueron designados don Fadrique Enriquez, su tío, y el obispo de Palencia para negociar la entrega de la fortaleza. Insistió Alkahmen en su postura, y dijo que para evitar muertes de moros y castellanos les dejasen salir. Y por parte cristiana se le dijo que la defensa de Antequera era ya imposible y a ellos les convenía aceptar las condiciones establecidas por el Infante. La negativa a la rendición incondicional de Alkahmen hizo temer a los nobles la prolongación del sitio, por lo que se despidieron de ellos manifestando que intentarían convencer a don Fernando para que disminuyera sus exigencias, y le darían cuenta de la decisión que adoptara.

Una vez más, como en otras muchas ocasiones sucedió en el transcurso de estas dos campañas, don Fernando hubo de doblegarse a sus consejeros y aceptar una rendición pactada, cuando la falta de agua en el castillo, la imposibilidad de escapar y el número de muertos y heridos, así como la falta de cualquier auxilio desde Granada, eran todos motivos justificados para esperar una inmediata rendición incondicional. Los argumentos en contrario eran: la proximidad del invierno y llegada de intensas lluvias, lo que haría peligrosa su situación por encontrarse Antequera en plena sierra; el que la defensa del castillo podría prolongarse todavía por espacio de tiempo superior a treinta días; que durante este tiempo morirían muchos cristianos en los combates y un solo castellano "valdría tanto como los moros que estaban en la dicha villa"; que seguiría aumentando el capítulo de gastos, puesto que costaba más de medio millón de maravedís diarios el sostenimiento del campamento. A cambio de su libertad y bienes, los moros ofrecían con la entrega de la fortaleza sus armas, viveres y cautivos cristianos.

Deseoso también de finalizar la campaña, en el que bien pudo influir también el trono vacante aragonés, don Fernando aceptó las razones que se le daban y autorizó a don Fadrique y a don Sancho de Rojas para que concluyeran el acuerdo. Este se redujo a que los moros saldrían sanos y salvos, que se les prestarían mil doscientas acémilas para llevar sus bienes a Archidona y a cambio entregarían los presos, armas, bastimentos y almadraques.

Dos días después, el 24 de septiembre, entraban en la fortaleza don Fadrique y el obispo de Palencia con sus huestes y se hicieron cargo de la fortaleza y torre del homenaje¹¹⁵. Durante dos días, 24 y 25 de septiembre, salieron los ocupantes y se establecieron en un campamento levantado fuera de la villa, adonde sacaron todos sus bienes. Se contaron dos mil quinientas personas¹¹⁶, distribuidas en ochocientos noventa y cinco hombres, setecientos setenta mujeres y ochocientos setenta y tres ni-

¹¹⁵ Según Fernández de Cascales, la entrega de la fortaleza fue el 25 de septiembre.

¹¹⁶ Según el doctor Fernández de Cascales fueron 2.815 personas.

ños, el total de la población evacuada de Antequera. Allí estuvieron otros dos días preparando su marcha y vendiendo parte de sus bienes, curando a sus heridos, de los cuales cincuenta fallecieron, en tanto que llegaban las acémilas ¹¹⁷. Todos los demás fueron llevados hasta las puertas de Archidona, a dos leguas de Antequera, en donde también murieron otros heridos ¹¹⁸.

Ocupada la fortaleza, se colocaron en lo alto de la torre del homenaje cuatro pendones: el del Infante, el de la "saludación" y dos de la Cruzada. Fue designado alcaide de Antequera Rodrigo de Narváez, doncel del Infante, e hijo de Fernán Ruiz de Narváez, que tanto se había distinguido en aquella empresa. Y a sus órdenes una poderosa guarnición: veinte hombres de armas, quinientas lanzas, mil ballesteros y mil lanceiros, fuerza más que suficiente para evitar cualquier intento de recuperación por el rey de Granada. Lo que se completó con las necesarias reparaciones de torres y murallas.

Si la conquista de Antequera tenía gran importancia en el orden militar por su situación y fortaleza, lo era aún mayor en cuanto a la repercusión espiritual y propagandística. Antequera se convertiría en símbolo: para unos es el de renovación del ideal reconquistador, abandonado desde los días del Salado; para otros, para casi todos, fruto del idealismo y grandeza de don Fernando, espejo de la otoñal Caballería y de la que le valdría el sobrenombre con que le conoce la Hitoria ¹¹⁹.

Las consecuencias de la conquista de Antequera.—La reacción de Yúsuf III ante la pérdida de Antequera no pudo ser otra que la de lamentarse de su impotencia militar, pero mos-

¹¹⁷ Fernández de Cascales los aumenta a cincuenta y cinco muertos.

¹¹⁸ Los antequeranos, refugiados en su mayor parte en Granada, fundaron un barrio al que dieron su nombre: Antequeruela.

¹¹⁹ Don Fernando escribió a Carlos VI de Francia para comunicarle su victoria. Su resonancia llegó también a Juan XXIII, quien intentó atraer al Infante a su causa, enviando a Jordano, cardenal de San Lorenzo, para predicar una Cruzada, que no tendría efecto. (Suárez Fernández, ob. cit. pág. 15). A Murcia llegó la noticia en 3 de octubre. Se adoptó el acuerdo de hacer procesiones y alegrías, aunque como el Vicario había decretado el entredicho y varias excomuniones por la prisión de un clérigo de corona, detenido por falsificador de moneda y deshonesto, hubieron de tratar con él en 13 de octubre para que permitiera la celebración de las procesiones, aunque a costa de devolverle el preso.

trando al mismo tiempo que no era enemigo fácil ni la derrota mermaba su actividad bélica. Dos mil jinetes granadinos y algunos peones corrieron los alrededores de Alcalá la Real talando viñas y huertas y robando el ganado. Cabalgada que no duró más de un día y que no sirvió nada más que para descargar el malhumor granadino por la pérdida de Antequera, y una derrota castellana sin mucha trascendencia, recogida también en el segundo romance relativo a Antequera, el de "La mañana de San Juan"¹²⁰.

Se acordó después la ocupación de los castillos cercanos a Antequera para seguridad de la plaza y libertad de acceso a ella. El día 28 de septiembre marcharon el Condestable y el conde de Niebla contra el castillo de Aznalmara, que lograron rendir tras breve combate a cambio de la libertad de sus ocupantes. Con iguales condiciones se logró ganar el castillo de Cauché por don Lope de Mendoza, arzobispo de Santiago y don Lorenzo Suárez de Figueroa, comendador mayor de León¹²¹.

Se reunieron después ambas huestes frente al castillo de Jébar. Sus defensores pusieron tan gran ardor en su resistencia que comenzó a flaquear el ánimo de los atacantes castellanos. Tuvo que ser un gesto del Condestable quien salvara la situación. Tomando un pavés llegó hasta el muro gritando a sus compañeros que lucharan como caballeros y tomarían rápidamente la fortaleza. Esta decisión de López de Dávalos fue decisiva, pues ante su empuje la fortaleza fue tomada. Murieron un escudero y tres peones, saliendo herido en la lucha el arzobispo de Santiago por un pasador en un pie; murieron catorce moros y se refugiaron los demás en la torre del homenaje.

Al atardecer los moros pidieron capitulación, con lo que disminuyó el ardor de la lucha, pero los combatientes castellanos enardecidos por la muerte de su compañero pidieron a gritos

¹²⁰ "Juntó dos mil de cavallo —porque correrías hagan. —En llegando en Alcalá —que la Real se llamava, —talandó viñas y panes —una escamuça traban. —Fueron muchos los cristianos, —más llevaron orden mala, —los moros, que son de guerra, —dado les an mala carga. Dellos matan, dellos prenden, —y lleban gran cabalgada. —Con tal bitoria los moros —la vuelta ban de Granada". (Versión de Hajar. Vid. López Anglada, ob. cit., 22.

¹²¹ Actual Villanueva de Cauche.

que no se les concediera capitulación. Los nobles, deseosos de acabar y evitar mayores bajas, dijeron que así lo harían, pero convinieron con los moros que escaparan cuando fuera de noche por una puerta falsa, sin que se apercibieran sus huestes. Así lo hicieron, y cuando a la mañana siguiente decidieron continuar el combate contra la torre del homenaje, se hallaron con la sorpresa de su abandono, con lo que la pudieron ocupar sin resistencia alguna.

No tuvo noticia alguna don Fernando de este convenio, y alegre por la ocupación de estos tres castillos nombró a Alvar Rodríguez de Abrego como alcaide de Aznalmara, con guarnición de seis jinetes y treinta peones; a Pedro Sánchez de Escobar como alcaide de Jébar con igual fuerza y a un escudero de Olmedo como alcaide de Cauche.

Efectuada la ocupación de Antequera y de los castillos que aseguraban el acceso a la villa, cuidadoso don Fernando de las formas, hizo bendecir la mezquita en una solemne ceremonia celebrada el día primero de octubre. Participaron en ella todos los frailes y clérigos que se encontraban en el real, desde el cual, en ordenada procesión y portando los pendones de la Cruzada, de Santiago, San Isidoro y las cruces y reliquias de su capilla, más la bandera y divisa de su Orden de la Jarra, se dirigieron a la mezquita. Tras su bendición, se dijo misa y se consagró bajo la advocación del Salvador.

Asegurada la plaza en el orden militar, efectuado el juramento y pleito homenaje de su alcaide Rodrigo de Narváez y organizaba la vida en la villa, don Fernando ordenó levantar el real y el regreso de las fuerzas a Sevilla. De Antequera salía el 3 de octubre, marchando con su ejército en formación de combate hasta las orillas del río Guadalhorce; al día siguiente llegaba al río Yeguas, en donde se detuvo también el domingo, porque quiso hacer alarde de su gente. Aunque eran ya muchos los que se habían adelantado en el regreso, se contaron más de cinco mil jinetes y gran número de peones.

Allí recibió también la visita de Saad al-Amín, quien acompañado de Diego Fernández, alfaqueque mayor de Castilla, le presentó una petición de su soberano para la firma de tregua entre ambos reinos. Dispuso don Fernando que le esperara en

Alhonor, donde le daría su respuesta, ya que le convenía consultar con sus consejeros. Estudiadas las posibilidades y en la seguridad de que en cualquier momento la suspensión de hostilidades sería aceptada por el monarca granadino, la respuesta fue negativa. Lo que le obligó a dejar en seguridad la frontera. El conde de Niebla y Pedro Alonso de Escalante con todas sus fuerzas quedaban como frontereros en Jerez, con orden de correr el campo de Gibraltar, ya que había informaciones de que los moros guardaban gran número de ganado en aquella comarca. Desde Alhonor, por Ecija, Fuentes, Carmona y Alcalá de Guadaira, marchó a Sevilla, en donde se preparaba un caluroso recibimiento ¹²².

Detalla la *Crónica* la entrada triunfal de don Fernando; enumera los caballeros que le acompañaban; el recibimiento que se le dispensó, con juegos y danzas, pese a la persistente lluvia que caía; los diecisiete moros prisioneros en la batalla de Boca del Asna portando las banderas que se tomaron en aquella ocasión; un gran Crucifijo y dos pendones de la Cruzada, blanco y encarnado; el adelantado de Andalucía portando la espada de San Fernando; grandes y ricos hombres; el Infante; sus pendones y el estandarte de su divisa, quedando a la derecha los pendones de Santiago y San Isidoro, y a la izquierda los pendones de los nobles y caballeros; detrás, hombres de armas y pajes.

En este orden llegaron a la catedral, donde el arzobispo y clero salieron a recibirle y después le acompañaron al interior del templo, en donde se rezó un Tedeum.

Cabe imaginar el colorido y brillantez del desfile por las calles sevillanas de los vencedores, que la pertinaz e inoportuna lluvia no pudo deslucir. Hacía mucho tiempo que no se había logrado una victoria semejante contra los moros y Sevilla, que tanto había ayudado a la campaña y que mantenía frontera con Granada, ofreció una vez más muestra de su grandeza fes-

¹²² El día 3 salía de Antequera, durmiendo junto al Guadalhorce; el sábado de viaje hasta el río Yeguas, en donde estuvo acampado domingo y lunes. El día siete junto al río Alhonor; el ocho llegó a Ecija; el diez a Fuentes de Andalucía; los días once y doce los pasó en Carmona; el trece llegaba a Alcalá de Guadaira, y el catorce efectuaba su triunfal entrada en Sevilla.

tejando un triunfo al que había contribuido con generosidad y entusiasmo.

Pérdida y reconquista de Jébar.—Cuanto sucedía en Aragón y las posibilidades que se le ofrecían, decidió a don Fernando a conceder la tregua solicitada por el rey de Granada, señalándose su comienzo el día seis de noviembre. Pocos días antes de que entrara en vigor, inopinadamente se presentaban ante la fortaleza de Jébar mil jinetes y dos mil infantes granadinos. Intentaba Yúsuf aprovechar la ausencia de don Fernando y el poco tiempo que quedaba para el comienzo de la suspensión de hostilidades, para ocupar esta fortaleza que, de conseguirla, consideraba segura su posesión, ya que los cristianos no tendrían tiempo para intentar su recuperación. Le interesaba su conquista por la posición estratégica de la fortaleza, ya que se hallaba situada en el camino que conducía a Antequera, y por otra el deseo de revancha y de apuntarse una victoria, que si no tenía mucha trascendencia en el aspecto militar, en cambio si sería de amplia repercusión por cuanto podía suponer que el último encuentro entre castellanos y granadinos quedara resuelto a su favor.

Ante este ataque, tan numéricamente superior, Pedro Sánchez de Escobar, alcaide de Jébar, hubo de abandonar el cortijo fortificado en donde guardaba provisiones y caballos, y retirarse al castillo, no sin antes haber dado pruebas de su valor. Este éxito tan menguado no podía satisfacer las aspiraciones de los moros, por lo que al día siguiente volvieron con propósito de apoderarse de la fortaleza. La fuerza del ataque y la superioridad granadina obligó a Pedro Sánchez de Escobar a pedir capitulación, que logró con la rendición de Jébar a cambio de salir a salvo. Desalojada la fortaleza, fue derrocada por los granadinos, que quedaban dueños de sus ruinas y de su extenso y rico término.

Pero sus cálculos fueron erróneos, porque no tuvieron en cuenta la valía y personalidad del alcaide de Antequera. Enterado de cuanto había ocurrido, Rodrigo de Narváez logró levantar su castillo y reparar el cortijo antes de que entrase en vigor la tregua; dejó en Jébar una guarnición de cien jinetes y cien infantes con objeto de impedir cualquier otro intento de ocu-

par la fortaleza y pudo escribir gozoso al Infante cuanto había hecho. Lo que fue alegre nueva para don Fernando, no sólo por conservar a Jébar, sino porque Rodrigo de Narváez había logrado impedir que los moros alcanzaran sus propósitos.

La cuenta final.—Termina con este hecho el tercer periodo de los cuatro en que dividimos el estudio de la frontera de Granada en la menor edad de Juan II.

La conquista de Antequera supone el fin afortunado de una empresa mantenida con varia suerte, en donde si hubo organización, en cambio la táctica y estrategia mantenidas en el transcurso de la campaña no fueron precisamente lo más sobresaliente. Hubo mucho de improvisación, porque faltó previsión y dirección. Se sucedieron pequeños fracasos parciales que no tuvieron trascendencia porque el enemigo no supo tampoco aprovecharlos, en lo que influyó la superioridad militar castellana y el que la fortuna fue fiel aliada de las fuerzas cristianas.

Un triunfo resonante, tan ensalzado y glorificado que llega a la mitificación, bien merece un breve comentario, producto tan sólo del examen, conocimiento y valoración de cuantos hechos y personas se conjuntaron en su consecución. Y para ello es preciso tener en cuenta la objetividad de la Crónica, el valor historiográfico que podemos concederle, ya que es fuente casi absoluta de información para este período. A ella se unen los documentos y con preferencia los de carácter particular, siempre más parleros y cuya verosimilitud es mucho mayor que los de procedencia oficial.

La objetividad de la Crónica es apreciable en cuanto a su desarrollo cronológico en la enumeración de hechos y detalles que sólo una proximidad a los acontecimientos puede proporcionar. Se aprecia igualmente un trato favorable al infante don Fernando, en el que puede valorarse por encima de todo su perseverancia, tenacidad, voluntad decidida a llevar a efecto el cumplimiento de su empresa, que se mantiene con firmeza, casi con terquedad. Al mismo tiempo la Crónica no oculta los fallos, la falta de decisión, que obliga a un continuo asesoramiento a la reunión de los nobles para oír su opinión y a veces a doblegarse a las circunstancias, a aceptar las decisiones unilaterales que los grandes adoptan en algunos momentos, aunque

su voluntad fuera contraria a ella. La reunión frecuente del consejo; el criterio no siempre conforme de sus consejeros y las contradicciones nobiliarias, permiten apreciar que la jefatura de don Fernando estaba muy lejos de ser autoritaria y decisiva. Pero si el cronista no oculta estas vacilaciones, en cambio las presenta con un sentido encomiástico, con el propósito de ensalzar al Infante, siempre dispuesto a oír los pareceres ajenos, a tener en cuenta los consejos de sus capitanes, todo siempre en beneficio del reino y de su sobrino.

Contamos también con un amplio relato de las principales vicisitudes del asedio sobre Antequera debido a la pluma del doctor Alonso Fernández de Cascales, que en forma de carta envió a la ciudad de Murcia. El doctor Cascales no sólo fue regidor de Murcia y su procurador en Cortes en diversas ocasiones, sino también el fundador del señorío de Puebla de Soto y juez de la corte y rastro de Juan II, de quien recibió abundantes muestras de aprecio y la concesión de muchas mercedes y privilegios. En su carta enumera los diversos intentos y medios empleados en cada ocasión para vencer la resistencia musulmana en Antequera y sus inmediatos fracasos. Pero esta precisa exposición del doctor Cascales no tiene tampoco sentido peyorativo, sino al contrario, los relata para destacar su preocupación y deseo de obtener el triunfo. Pero al mismo tiempo son manifestaciones concretas de su actitud indecisa, de aceptación de cuantas sugerencias se le hacían y que de momento consideraba útiles para facilitar o adelantar la conquista de la plaza ¹²³.

Otra cosa sería lo que después se escribió y el alcance que se procuró proporcionar a esta empresa ¹²⁴. No se trata aquí de restar méritos, pues la voluntad de triunfo con que don Fer-

¹²³ Contrasta la alegría del triunfo y normal elogio de la personalidad del Infante, así como la enumeración de sus intentos, con la sincera, amplia y espontánea admiración que expresa para los defensores de Antequera.

¹²⁴ Proceso de mitificación que comienza en los días mismos del cerco y que se acelera y mantiene de forma continuada posteriormente. Son las formas caballerescas o las manifestaciones externas que en numerosas ocasiones nos producen sensación de falta de autenticidad. En otras es en el aspecto religioso, más sincero y sentido, pero del que obtiene producto ventajoso.

mando mantuvo su propósito, a veces casi en solitario frente a consejeros y nobles, supera en mucho los fallos que se sucedieron en esta empresa. Es un intento de acercarnos a conocer mejor la marcha de los acontecimientos, antes de que el triunfo y su resonancia, hábilmente mantenida, ocultaran la cotidiana realidad de los largos días del asedio en donde no faltó de nada, desde el entusiasmo al cansancio, de los fallos a los aciertos, de las cabalgadas victoriosas a los descabros infortunados, de la tendencia a la acción individual, a la lucha a campo abierto de la clase nobiliaria, a las compactas compañías de las huestes concejiles, al peonaje, más acorde a la acción combinada y sedentaria del asedio. Pero tampoco es momento de extendernos aquí en mayores consideraciones y cambiar el ritmo mantenido en el estudio de la frontera granadina en el transcurso de estos años. Aunque este estudio crítico, fuera del aspecto estrictamente militar que hemos mantenido, no lo eludimos, pero sí lo aplazamos.

Concluirá

Juan Torres Fontes